

ESPORAS INFERNALES

PETER KAPRA

PETER KAPRA

Esporas infernales

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 2.991 - 1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau. 20 — Barcelona

PRÓLOGO

No se supo jamás qué cápsula o vehículo espacial recogió la espora en el espacio, pero se supuso que debió de ser algún ingenio norteamericano, durante la década de los años sesenta, en su viaje experimental, el que la trajo a la Tierra.

La espora de lo que había de llamarse «forga» y después «antiforga» debió de caer al agua y desprenderse de la nave espacial, quedando a merced de las aguas del Atlántico, que sin duda la transportaron durante meses, o tal vez años, hasta arrojarla a la cala sin nombre de la Bahía de Sâo José, en el litoral de la provincia brasileña de Maranhâo.

La fatalidad quiso que fuese a parar a un lugar inhóspito e inaccesible, donde muy poca gente se acercaba, debido a lo difícil del terreno y a las inseguras corrientes marinas, y la espora, arrojada a la arena caliente, encontró terreno propicio para germinar.

Primero surgió un pequeño tallo verdoso, cubierto de pequeñas púas afiladas, a modo de insignificante cactus. Aquellas púas se desprendieron con el tiempo, cayendo en torno del tallo, que se secó y murió. Pero las púas, penetrando lentamente en la arena caliente y húmeda, germinaron de nuevo, surgiendo un nuevo tallo de cada una.

El tiempo fue pasando, inexorable, y las «forgas» empezaron a extenderse por la caleta, hasta terminar por cubrir enteramente aquel aislado paraje. Los temporales del Atlántico lanzaban grandes olas sobre el lugar, arrastrando consigo gran número de «forgas», que fueron a germinar en otras latitudes.

De aquel modo, una nueva especie biológica se afianzó en el suelo terrestre y pronto empezó a ser conocida de los botánicos y hombres de ciencia. Con este conocimiento nacieron los primeros quebraderos de cabeza, puesto que nadie sabía cómo clasificar la especie ni cuál era su origen, y por eso le pusieron un nombre distinto en cada país.

Pero en la caleta de la bahía de Sâo José, las «forgas», que ya formaban una densa colonia, sufrieron una transformación de la que nadie se apercibió. Y fue que las «púas» o protonemas, tal vez por excesivo contacto con sus congéneres, se mutaron de una generación a otra, naciendo ahora unas nuevas esporas ovulares, de las que surgieron unos animalitos verdes, cubiertos de pinchos finos, los cuales se convirtieron a su vez en una especie de tentáculos.

La transformación se acentuó en generaciones sucesivas. Muchos de aquellos «antiforgas» también fueron arrastrados por las olas y se perdieron en el mar, para ser arrojados a los litorales, donde se continuaba la reproducción.

Y fue entonces, allá por finales del siglo xx cuando la humanidad se dio cuenta del peligro que significaban las «antiforgas», cuya reproducción era lenta, pero inexorable.

En las selvas del Brasil, por ejemplo, aquella nueva especie animal, que se movía entre las malezas, al modo de los arácnidos, empezó primero a clavar sus púas en las plantas vírgenes, desecándolas. Luego, añosos árboles fueron atacados también por las «antiforgas» y en pocos años se pudrieron, cayendo abatidos.

Poco a poco, grandes zonas de la selva empezaron a quedar estériles. Y con ello vinieron las primeras víctimas, al recibir los indígenas el pinchazo de las numerosas púas de los «antiforgas».

La muerte, entre terribles dolores, sobrevenía a las veinticuatro horas.

Fue preciso que intervinieran las autoridades médicas internacionales...

I

Joe Wolfach y Adam Tell eran amigos desde su ingreso en la Universidad de California, donde ambos estudiaron los misterios de las Ciencias Naturales, especializándose en Biología.

Ambos tenían veintiséis años y sus vidas eran paralelas, como pueden serlo la de dos hombres que se han educado juntos, vivido juntos y trabajado juntos.

Joe era de un pueblecito de mineros, próximo a Sacramento; Adam era de Pasadena, Los Ángeles.

Llevaban nueve años juntos y eran infatigables. Juntos se graduaron y juntos ingresaron en el Instituto Biológico del Estado.

Y Juntos hubiesen continuado siempre si una mujer no se interpone entre ambos.

Corie Lacroix era morena, de ojos grandes, labios finos y bien dibujados, mentón voluntarioso y... ¡femenina, muy femenina!

Joe y Adam estaban trabajando en el laboratorio de bioquímica, cuando el doctor Lander, jefe de la Sección, penetró en el amplio departamento acompañado de la hermosa Corie.

Todos vestían allí batas blancas, zapatillas de suela de goma, guantes de «lastex» y se cubrían con gorritos ajustados, del mismo material.

— Joe, Adam, os presento a la licenciada Lacroix — habló el doctor Lander, sonriendo —. Trabajará con vosotros en el estudio de las esporas «forgas».

Los dos jóvenes dejaron sus respectivos trabajos y se acercaron a la muchacha. Ninguno pudo ocultar su satisfacción.

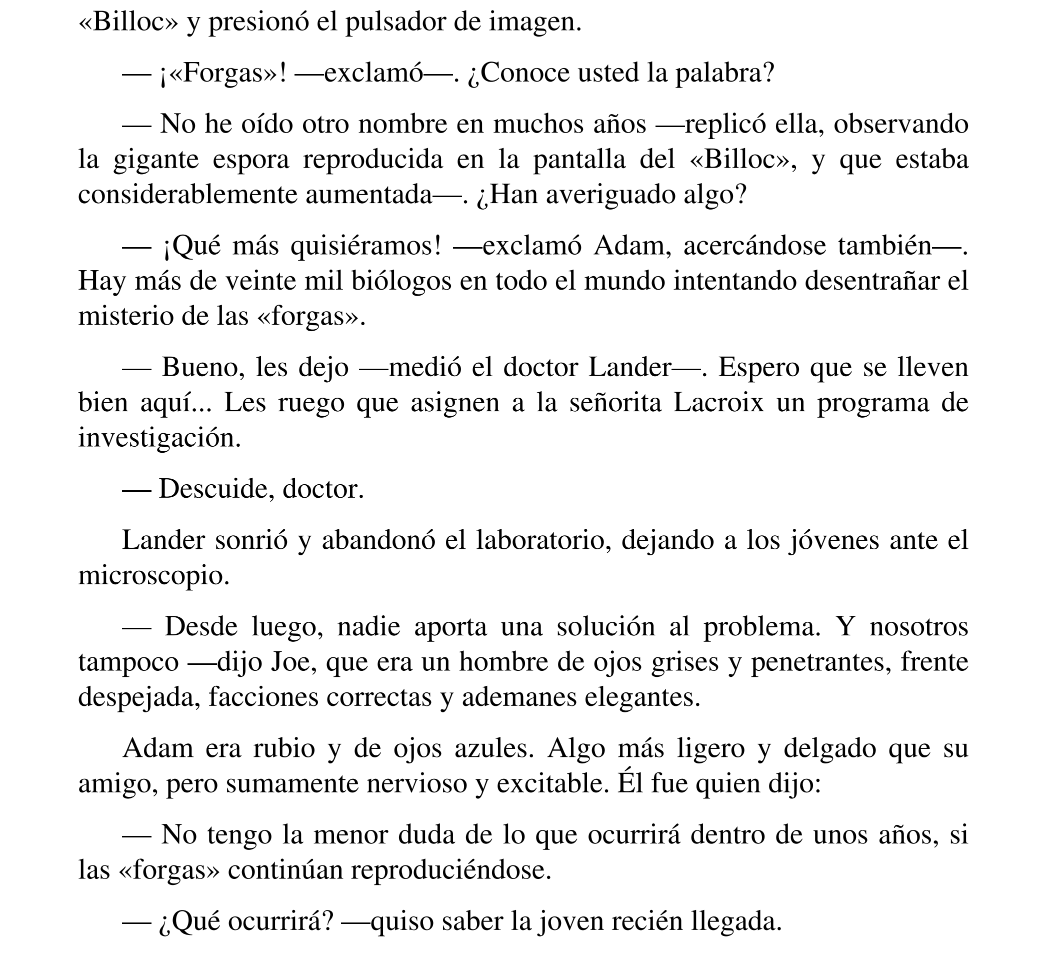
— Mucho gusto, señorita. Mi nombre es Adam Tell.

— El mío, Joe Wolfach.

Corie sonrió ampliamente, estrechando la mano de sus nuevos compañeros.

— La señorita Lacroix ha obtenido muy buenas notas en los exámenes de ingreso del Instituto —siguió diciendo el doctor Lander—. Entre cien graduados, ha conseguido el número uno.

Fue Joe quien tomó a Corie del brazo y la llevó hacia el microscopio



«Billoc» y presionó el pulsador de imagen.

— ¡«Forgas»! —exclamó—. ¿Conoce usted la palabra?

— No he oído otro nombre en muchos años —replicó ella, observando la gigante espora reproducida en la pantalla del «Billoc», y que estaba considerablemente aumentada—. ¿Han averiguado algo?

— ¡Qué más quisiéramos! —exclamó Adam, acercándose también—. Hay más de veinte mil biólogos en todo el mundo intentando desentrañar el misterio de las «forgas».

— Bueno, les dejo —medió el doctor Lander—. Espero que se lleven bien aquí... Les ruego que asignen a la señorita Lacroix un programa de investigación.

— Descuide, doctor.

Lander sonrió y abandonó el laboratorio, dejando a los jóvenes ante el microscopio.

— Desde luego, nadie aporta una solución al problema. Y nosotros tampoco —dijo Joe, que era un hombre de ojos grises y penetrantes, frente despejada, facciones correctas y ademanes elegantes.

Adam era rubio y de ojos azules. Algo más ligero y delgado que su amigo, pero sumamente nervioso y excitable. Él fue quien dijo:

— No tengo la menor duda de lo que ocurrirá dentro de unos años, si las «forgas» continúan reproduciéndose.

— ¿Qué ocurrirá? —quiso saber la joven recién llegada.

— Será preciso evacuar la Tierra. No lograremos nada con proteger las urbes, por medio de murallas y cúpulas transparentes... ¡Nuestro planeta está sentenciado!

— Yo no estoy de acuerdo —replicó Corie, vivamente—. En la Universidad existe la creencia de que existe un modo de librarse de esos «animales-plantas».

— ¡«Animales-plantas»! —exclamó Joe Wolfach, disgustado—. Ya ves, Adam; se impone la teoría de Kartieff... ¡No son vegetales vivientes, ni criptogramas, ni nada!

— Kartieff ha demostrado que las «forgas» son extrañas plantas, en donde puede estar el origen espórico de los animales. Ha presentado un esquema de su desarrollo, crecimiento y mutación.

— Lo conocemos. Pero Kartieff nos hizo un mal favor al morirse —rezongó Adam Tell, cruzándose de brazos—. ¿Tiene usted novio, señorita Lacroix?

Ella se ruborizó y negó con la cabeza.

— Pueden llamarme Corie.

— Escuche, Corie. Trabajamos en esto desde que ingresamos en el Instituto. Se puede decir que todos los laboratorios del mundo están trabajando en lo mismo. Si alguien descubriera el modo de exterminar las «forgas» se haría inmensamente rico y famoso.

— Pero es inútil. La humanidad no sobrevivirá a esta plaga.

— Si todos pensásemos como usted, Adam, sería mejor renunciar ya a la vida. La humanidad se ha visto amenazada en muchas ocasiones, y siempre ha existido el hombre capaz de salvarnos.

— ¿Le gusta soñar, Corie? —preguntó Joe, sonriendo.

— No, soy práctica. Estudie biología porque es la carrera obligada. En todo el mundo no se hace otra cosa, al parecer.

— No exagere. Se construye, se fabrican alimentos...

— ¡Y se vive aterrorizado! Las «forgas» y las «antiforgas» nos obsesionan — terminó Adam, con un gesto de exagerada teatralidad.

— Hay tiempo para soñar, para vivir..., para pensar en el futuro.

— Un futuro cada día más incierto. Desde luego, admito que la humanidad jamás ha estado más unida que ahora. Incluso países de régimen irreconciliable colaboran ahora conjuntamente contra el peligro común. Han terminado las guerras que azotaron siempre a la humanidad y los hombres de todas las razas se han hermanado...

— ¡Vivan, pues, las «forgas»! —exclamó Joe, irónico.

— No le haga usted caso —comentó Adam—. Mi amigo está algo chiflado.

— ¿Y si nos dejamos de charlar y me explican cuál es el programa de trabajo?

Los dos amigos, que por vez primera se habían mirado con cierta reticencia, terminaron por sonreír y decir:

—Sí.

A las seis de la tarde abandonaron el Instituto. Eran libres hasta el día siguiente, a las ocho de la mañana.

— ¿Quieres que te acompañe, Corie? —se ofreció Joe. Le gustaba la joven y deseaba averiguar más cosas de ella.

En la plataforma superior del Instituto Biológico, ante la impresionante escalera que conducía a la Avenida de California, unos doscientos hombres

de ciencia salían a la vez de sus laboratorios. En ellos, y en otros millares de hombres como ellos, tenía la humanidad entera cifradas sus esperanzas.

Pero eran seres como los demás; unos jóvenes, otros más viejos; los había de edad madura y hasta sexagenarios.

La plataforma descendía lentamente, movida por sus goznes hidráulicos.

— Eres muy amable.

—¿Vas al apartamento, Adam? —preguntó Joe, como si pretendiera quedarse a solas con la joven.

— No, os acompaño. Yo también deseo saber cosas de Corie.

Ella sonrió encantada.

La plataforma se detuvo y, como ocurría siempre, todos los biólogos quisieron salir rápidamente, formándose el barullo de todos los días. Por fortuna, unos tenían las piernas más ágiles que otros y pronto se aclararon los cuerpos.

Adam Tell había quedado un poco desplazado de la pareja y cuando quiso darse cuenta, ya no estaban a su lado. Miró anhelante, en derredor, sin descubrirlos por parte alguna. Supuso que debieron de meterse en alguna de las entradas subterráneas laterales, para alcanzar los trenes inferiores.

Se puso furioso y optó por no buscarles. Se dijo:

«Han querido librarse de mí y lo han conseguido... ¡Parece mentira que Joe me haga estas cosas! ¡Tanto derecho tengo yo como él a conversar con ella! ¡No está bien hacerme esta jugarreta, no! Pero me oirá cuando venga al apartamiento.»

Joe y Adam compartían un apartamiento en el centro de Los Ángeles. Solían cenar en un restaurante automático que había en el inmueble, y luego iban a «New Hollywood» a presenciar un espectáculo teatral, o a la filmoteca y elegían alguna película instructiva o recreativa y se la llevaban al apartamiento, para proyectarla.

¡Nunca habían salido con chicas! Y quizás aquello era debido a que estaban tan identificados el uno con el otro que jamás pensaron en separarse.

Aquélla había sido la primera vez.

Adam Tell se puso de mal humor. Estaba disgustado y no quiso irse a su apartamiento. Era como si de pronto, y sin razón aparente, se encontrase aislado y solo en un mundo inquieto. Le faltaba su compañero y era extraño caminar por las calles de la urbe sin él.

No quiso volver al apartamiento, quizá por temor a encontrarse allí a Joe, que habría regresado después de acompañar a Corie a su casa. Si se encontraba de pronto con su compañero, seguramente reñiría con él. Y pensaba que no valía la pena discutir. Al día siguiente debían acudir al Instituto, se verían de nuevo con Corie... ¡Y, tal vez, al día siguiente fuese él quien la acompañase!

Se dirigió hacia el barrio antiguo, en donde habían numerosos lugares de recreo. Y hasta se extrañó de encontrarse en aquel ambiente que ahora le parecía extraño y desconocido. Había mucha gente por todas partes. Hombres y mujeres, con ropas de fibra metálica, de fibra vegetal, de fibras sintéticas.

Eran hombres y mujeres anónimos, con los que no le unía ningún vínculo. Gentes que le miraban con curiosidad, casi con recelo o desconfianza, porque él representaba algo entre ellos: ¡era distinto! Era biólogo, como se denotaba por el escudo plateado de su pecho.

¡Un privilegio!

La mayoría de aquellas gentes que se apartaban respetuosamente, para ceder el paso a Adam, habrían querido llegar a ser biólogos. Era la carrera obligada al terminar los estudios secundarios. Pero de cada diez mil, sólo uno tenía merecimientos suficientes para estudiar biología, ingresando en la Universidad más estimada.

Existía la general creencia de que sólo los biólogos podían salvar a la humanidad. Y serlo ya representaba algo así como una elevada distinción.

Adam ya sabía la diferencia existente entre un biólogo y las demás gentes. Pero nunca como aquella tarde se dio exacta cuenta de la desoladora verdad... Ahora estaba solo y podía fijarse en los demás seres humanos. Por eso se dio cuenta de que la gente estaba asustada, y que acudía a los centros de diversión para olvidarse de su inquietud.

A medida que se adentraba en el casco viejo de la población, empezó a ver más público vociferante, inseguro sobre sus pies, más agentes de policía llevándose a los alborotadores o vigilando con sus armas en la mano.

Un oficial de seguridad se acercó a Adam y le dijo:

— Perdón, señor. No es conveniente que venga usted por estos lugares.

— ¿Por qué, señor?

— La gente está nerviosa e inquieta. Un biólogo no debería mezclarse con ellos. Hay mucho resentimiento.

— ¿Contra nosotros? —preguntó Adam.

— El desasosiego de la multitud ha producido esta situación. Debería usted saberlo.

— Sí, algo he oído. No se preocupe, señor. No me ocurrirá nada... Disculpe.

Adam se alejó, pero el oficial encargó a dos de sus agentes privados que le siguieran.

— No le perdáis de vista. Creo que está un poco desorientado, pero es un biólogo auténtico. Con vuestras vidas me respondéis de la suya.

Para los dos agentes privados, Adam no tenía aspecto de ser el genio que habría de salvar a la humanidad. Pero debían cumplir un deber.

Por esto siguieron los pasos de Adam, procurando no hacerse notar. Ambos iban armados con pistolas vibratorias, ocultas bajo las ropas, y ambos tenían interés en cumplir con su deber.

Adam Tell, por su parte, se detuvo ante una especie de «music-hall» de pésima reputación. En la puerta, una fila de mujeres, entre los veinte y los treinta años, ligeras de ropas, llamaban la atención de los transeúntes, cantando y bailando al compás.

Y una de ellas dejó de cantar y bailar para mirar a Adam.

—¡Vosotros tenéis la culpa! — gritó la mujer, en tono desabrido—. ¡Claro, se os mima y se os tiene como si fuesen dioses! ¿Por qué habéis de preocuparos de los demás?

— ¿Qué dice usted? —preguntó Adam, perplejo.

— Digo que sois todos unos embaucadores y que os debíamos cortar la cabeza —gritó la corista callejera.

— ¡Cállate, Zafir! —le espetó un hombre que estaba detrás de ellas, junto a la entrada del «music-hall», vestido de rojo.

— ¡No quiero callarme! ¡Él ha venido a ver nuestro terror y deberíamos darle un escarmiento!

Al decir esto, la muchacha avanzó hacia Adam, alzando la mano derecha, para abofetearle.

Sin embargo, los dos agentes privados se adelantaron, sujetándola.

— Estás detenida, muñeca —dijo uno—. Somos agentes de seguridad.

La muchacha cambió de color, palideciendo.

— Te dije que no te metieras con él, estúpida — exclamó el hombre del traje rojo.

— Un momento, agentes — intervino Adam —. Déjenla, por favor.

— ¡Quería pegarle a usted!

— Pero no lo ha hecho — replicó Adam —. Y deseo saber los motivos de odio que tiene contra mí... ¿Tengo yo la culpa de lo que ocurre, acaso? Soy biólogo y trabajo diez horas en el Instituto...

— ¡No hacen ustedes nada! — exclamó la muchacha—. ¡Prefieren ver morir a la gente, revolcándose entre espantosos dolores, a perder su privilegiada posición de señores valiosos y respetados! ¡Y deberíamos liquidarlos a todos!

— Por favor, no chille —habló Adam—. Todos se fijan en nosotros.

Efectivamente, un gran corro de gente les rodeaba ya, y los agentes privados, intranquilos, extraían sus armas vibradoras por temor a verse atacados.

— ¿Por qué no entramos ahí y hablamos, señorita? — preguntó Adam, señalando la puerta del «music-hall»—. Estoy dispuesto a escucharla, si me habla razonablemente.

— Retírense, por favor —exigió uno de los agentes.

— Déjenla ir. Yo respondo de ella — habló Adam —. No la detengan. Quisiera escuchar sus razones...

* * *

Zafir Krau era una muchacha inculta, pero estrepitosamente llamativa. Su figura era una verdadera tentación y su rostro algo hechicero. Pero su genio era explosivo y aniquilador.

Fue preciso que el hombre del traje rojo la amenazara con despedirla, para que aceptase entrar en el «music-hall» en compañía de Adam, mientras los agentes privados y otros de uniforme, con bríos, despejaban la calle.

— ¿Qué lugar es éste? —preguntó Adam, al cruzar el umbral y encontrarse en un espacioso vestíbulo, tenuemente iluminado.

— Aquí tiene usted derecho a toda clase de diversiones, siempre que pague — le contestó Zafir, enojada.

— No he estado jamás en un lugar semejante. Lo confieso. Pero lo único que deseo es hablar con usted.

— ¡Pues no se moleste; ya sabe cómo pienso!

Era preciso abonar cincuenta dólares en una de las taquillas para cruzar

la valla magnética. Y eso fue lo que hizo Adam, sacando un rimero de billetes de un bolsillo interior, cosa que hizo abrir grandemente los ojos a su acompañante.

Una vez al otro lado de la barrera invisible, Zafir, fruncidos labios y ojos, preguntó:

— ¿Qué clase de diversión prefiere?

—¿Cuántas hay?

— Varias... Allí está el fumadero chino —Zafir señaló una cortina roja, a la izquierda—. Allí, la gruta de Titán... Los «iglos» de cristal... ¡La selva virgen!... La sala de las mil danzarinas, donde puede mezclarse con hermosas chicas... La Mansión de las Brujas. Pero eso es sólo para personas poco impresionables.

— Preferiría más hablar con usted. ¿Cuál es su nombre?

— Zafir Krau.

— ¿De dónde es?

La joven bajó la cabeza y musitó:

— Soy centroamericana. Mi país está poblado de «antiforgas», desolado y muerto.

Él la tomó del brazo. Y tomó una dirección, al azar, dentro del enorme vestíbulo. Alzó una cortina y se encontró ante una puerta giratoria.

— Supongo que aquí podremos hablar — dijo Adam.

Zafir le miró con una malévola sonrisa.

— Esto es la sala de baile. Son salitas aisladas, desde las que podemos ver mundos imaginarios. Hay música a elegir, licores exóticos y manjares exquisitos.

— ¿Y todo está incluido en el precio? —quiso saber Adam.

— Sí. Y yo tengo la obligación de mostrarme amable y obsequiosa.

— No será necesario, Zafir. Sólo deseo hablar con usted.

Avanzaron por un amplio pasillo, hasta que la joven se detuvo ante una puerta sobre la que había encendida una luz verde. Ella presionó un botón y la puerta se descorrió. Una cortina de raso les cerraba el paso. Entraron y la empujaron, mientras la puerta se cerraba silenciosamente a sus espaldas.

Y se encontraron en una salita circular, de techo semiesférico. Había una mesa cubierta de botellas y bandejas con bocados exquisitos y frutos exóticos. El piso era de suave esponja rosada y había dos asientos ortopédicos articulados, que se graduaban automáticamente de acuerdo con

la configuración del cuerpo.

Nada más entrar, Zafir empezó a desabrocharse la cremallera de su breve maillot, pero Adam la contuvo, diciendo:

— No, por favor. Prefiero más verte así. Siéntate ahí. —Indicó un asiento, mientras él tomaba el otro—. Te he dicho que sólo deseo hablar... ¿Por qué me insultaste en la calle?

— Odio a los biólogos.

— Supongo que tendrás tus motivos.

— Sí, los tengo. He visto morir a mi padre revolcándose de dolor. Mi madre no pudo soportarlo y salió del refugio que nos había construido el gobierno, siendo a su vez atacada por las «antiforgas». Al día siguiente murió también... ¡Y murieron mis hermanos!

»Yo era muy niña entonces. Vivíamos en Yucatán, en Uxmal. Creo que hubiese muerto también, si las tropas de salvamento no me rescatan del refugio durante la noche, en las horas que las «antiforgas» dormitan, llevándome a un avión que me trajo aquí.

»Soy una refugiada. Me examinaron y las máquinas me produjeron terror. No sé lo que hice ni lo que dije. Debieron ser barbaridades, porque me calificaron con «Dos», ¡casi como una demente! Por eso estoy aquí. No sirvo más que para satisfacer deseos.

— ¿Y todo tu rencor lo vuelcas sobre nosotros?

— Los biólogos sois una clase privilegiada. Todo lo contrario de lo que me ocurre a mí, que soy escoria. Pero yo veo que es injusto, porque nada habéis hecho para acabar con el terror.

— No hay modo humano de acabar con las «anti-forgas».

— ¡Pues renunciar a vuestros privilegios, descender de vuestros altos cargos! Se está evacuando Europa y las gentes son conducidas en naves espaciales a mundos lejanos, para su aclimatación. Muchas personas mueren...

— La Tierra está densamente poblada — musitó Adam —. Hay demasiados problemas. Sigue contándome tu vida, por favor.

II

— Los seguidores de Kartieff experimentan las bajas temperaturas para aletargar las «antiforgas» — decía Corie Lacroix, mirando a Joe Wolfach por encima de las antenas del multiproyector seccional—. En la Universidad hemos practicado el sistema y esos animales-plantas se contraen, hasta convertirse en diminutas bolas... Así.

Joe pudo ver como, al concentrarse los rayos de luz, en el aire de la salita se formaba una imagen inexistente de una bola grisácea, del tamaño de una naranja.

— ¿Cuántos aumentos tiene? —preguntó.

— Diez mil —respondió la joven licenciada.

Joe se acercó, ocultando con su cuerpo parte de la proyección seccional. La espora estaba perfectamente reproducida. La había visto millares de veces en el laboratorio del Instituto, así como en la Universidad, años atrás.

— Desde luego, aquí está el mayor enigma con que se ha enfrentado la humanidad — musitó Joe, perplejo—. Y todos nuestros esfuerzos se estrellan ante la insoluble incógnita. ¿Cómo destruir esta espora?

— Yo tengo una teoría —osó decir Corie—. Ya la expuse en mi tesis de fin de curso, pero me fue rechazada por absurda.

— ¿Cuál es tu teoría?

— Es larga y complicada y no quiero cansarte, Joe.

— Por favor, no me cansa oírte. Además, me entusiasma todo lo relacionado con este tema... ¡El Tema, como dice el doctor Lander!

— En extracto, digo que debemos facilitar la reproducción de las «antiforgas». Ayudarlas a reproducirse, en vez de contenerlas con muros térmicos y barreras atómicas. Eso sólo las retiene momentáneamente.

— Los gobiernos entienden que de ese modo prolongamos la vida de los seres humanos —objetó Joe Wolfach, adicto a la teoría oficial.

— No, Joe; es un error. Las ciudades flotantes tienen un porcentaje ínfimo de defunciones por contagio «antiforgas». Ahí está la explicación. El mar es nuestra salvación. Pueden construirse ciudades flotantes y dejar la tierra para esos insectos.

— ¿Y la agricultura? ¿Y la ganadería? ¡La Tierra se convertiría en un

desierto!

— ¿Y qué? Pero las «antiforgas» morirían definitivamente... Está demostrado que en los grandes desiertos de Sudamérica, las esporas han muerto. Los trillones de sus cadáveres esféricos cubren el suelo. ¡Ya no se reproducen, porque no han encontrado condiciones ambientales propicias!

— Esa tierra, es estéril. No nos sirve de nada.

— ¡Te equivocas, Joe! Lo que ahora es el desierto del Matto Grosso, puede ser un vergel fértil en pocos años. Se requiere un especial tratamiento de fertilización. También hay que eliminar la radioactividad... Pero ya se ha comprobado que allí no pueden germinar nuevas «forgas». Según cálculos de Breem, en tres siglos y medio, «forgas» y «antiforgas» habrán desaparecido de la faz de la tierra por inanición...

La puerta de la sala se abrió y apareció la señora Lacroix, una dama de cuarenta y cinco años, muy bien conservada y elegante, que sonrió y dijo:

— Perdona, Corie. Pero la cena está servida.

— ¿Qué hora es? —preguntó Joe, como despertando de un profundo sueño.

— Las nueve.

— ¡Cielos, qué tarde! ¡El pobre Adam debe estar intranquilo!

— Llámale y dile que te quedas a cenar con nosotros — propuse Corie con una celestial sonrisa —. Creo que hicimos mal en no invitarle.

Corie apagó el proyector multidimensional y se dirigió a la puerta, donde su madre había encendido la luz.

— Estaba explicando a Joe mi teoría — comentó la joven.

— ¿Y qué dice un doctor en biología de las tonterías de una chica visionaria como tú? —preguntó la señora Lacroix, entre seria y divertida.

— Pues... — Joe vaciló—. Se trata de una teoría muy aventurada. He oído algo al respecto. Un profesor de la Universidad, llamado Cheese, nos dio una conferencia, el año pasado...

— ¡El profesor Cheese fue mi consejero! —exclamó Corie.

— Comprendo —asintió Joe—. Debí suponerlo.

Salieron al salón, donde el señor Lacroix, respetado ingeniero, estaba escuchando un programa informativo por T.V., pero se levantó al llegar su familia y Joe, a quien saludó amablemente.

— ¿Qué le parecen los trabajos de mi hija? — preguntó el hombre, mirando a Joe.

— Muy interesantes, sin duda. Se ve que tiene verdadero interés por su trabajo.

— Corie es muy aplicada —dijo el padre, ufano—. Yo no he regateado medios para ayudarla a obtener su título.

— Desde luego, posee más documentación de que la poseíamos yo y Adam cuando conseguimos el título. Ahora, en el Instituto, es distinto. Allí tenemos aparatos valiosísimos, en los que Corie podrá ensayar a sus anchas.

— Tienen hasta un microscopio electrónico «Billoc» — exclamó Corie, con entusiasmo—. El mejor aparato amplificador del mundo.

— Cierto. Sólo existen veinte microscopios «Billoc» en todo el mundo — informó Joe, ufano —. Y, sin embargo, ni siquiera con eso hemos podido desentrañar el misterio que envuelve a esas esporas infernales.

— Acaban de dar una información, procedente de Europa — dijo el señor Lacroix —, referente a un traje aislante con el que se puede penetrar en un campo de «antiforgas» sin sufrir daño alguno. Consta de cincuenta finísimas telas, superpuestas, que deben dificultar mucho los movimientos. Le llaman «Kodion» y ha sido fabricado por un ingeniero francés.

— No creo que tenga utilidad — apuntó Joe.

— Bueno, dejarse ahora de disquisiciones técnicas — intervino la señora Lacroix —. La cena está servida.

— Siento no poder quedarme a cenar. Vivo con mi compañero Adam y debe estar intranquilo.

— ¡Nada, te quedas a cenar aquí! Ven y llama a Adam. Verás cómo no está preocupado por ti.

Era más que una orden. Y Joe Wolfach no supo eludirla. Por eso se dirigió a donde estaba el «imasoni» (moderno aparato de fonovisión) y marcó las letras de su apartamiento. La señal de no contestan apareció a los pocos minutos de insistir.

— ¡Qué raro! Adam debe estar en el apartamiento. ¿Dónde puede haber ido?

— Muy sencillo. Al quedarse solo, se habrá ido a otro lugar... Tal vez a ver algún espectáculo público. No te preocupes, Joe. Por una vez que no cenéis juntos no va a pasar nada.

* * *

A medianoche, Joe Wolfach llegó al apartamiento que compartía con su compañero Adam y no encontró a éste en su cuarto. Todas las habitaciones estaban vacías. Y el joven encontró indicios suficientes para suponer que Adam no había vuelto, al salir del Instituto Biológico.

Hizo mil suposiciones distintas, mientras se aseaba y se ponía el pijama para meterse en el lecho. ¿Dónde estaría su amigo? ¿Por qué no había vuelto? Estar hasta tan tarde por las calles resultaba peligroso en extremo, y más tratándose de un joven biólogo.

Pero Joe no quiso alarmarse demasiado, pensando que, tal vez, Adam estaría enojado al verse burlado a la salida del Instituto. Y no fue así, ni mucho menos, sino que Corie quiso tomar el tren subterráneo, para, trasladarse a su residencia, de las afueras, y los biólogos, al abandonar la plataforma, les empujaron, separándoles de Adam.

Esto había sido todo. Luego, Corie le invitó a entrar en su elegante casa, conoció a sus padres y... Bueno, la joven le gustaba y se quedó más de la cuenta con ella, charlando de muchas cosas relativas a su trabajo futuro en el laboratorio.

Al fin, se despidieron, hasta la mañana siguiente, en que se verían en el laboratorio, y Joe alquiló un «blaff-car» (coche volante o taxis tierra-aire) y se trasladó a su domicilio.

Cuando Joe se metió en la cama, Adam todavía no había regresado.

Y cuando despertó por la mañana, su amigo continuaba ausente.

Esto ya era alarmante. Por ello, lo primero que hizo Joe al darse cuenta de que su amigo no estaba en la alcoba, fue dirigirse al «imasoni» y llamar a Seguridad Pública. Una preciosa muchacha apareció en la pantalla esférica. Daba la sensación de poder tocarse en el centro de la bola transparente.

— Servicio de Información de la Seguridad Pública. ¿En qué podemos servirle?

— Se trata de mi compañero, el biólogo Adam Tell. No ha regresado en toda la noche a su domicilio. Habíamos quedado en ir juntos al Instituto...

— Un momento, por favor. Consultaré nuestros archivos.

La imagen en relieve desapareció de la bola durante unos momentos, para surgir de nuevo, moviendo negativamente la cabeza.

— No, lo siento. La persona que usted busca no ha sufrido accidente de ninguna clase, ni está arrestada. Si lo desea, empero, puede usted cursar la correspondiente denuncia.

Joe se quedó indeciso. Luego, musitó:

— No, por ahora no. Iré al Instituto y si no se presenta allí mi compañero, avisaré al Secretario de Personal. La dirección cursará la denuncia oportuna, si hay lugar.

Joe, pues, se vistió, intranquilo, y abandonó el apartamiento, para descender al restaurante automático y desayunarse a toda prisa, como le era habitual. Luego, tras haber examinado un poco la enorme pantalla informativa del «Daily Nation», se dirigió a la pista rodante central, para dirigirse a la Avenida de California.

Llegó al Instituto Biológico del Estado a las ocho menos un minuto. Pasó por «censo» y depositó su pase. El empleado le miró con curiosidad.

— ¿Y su inseparable amigo?

— No lo sé — contestó Joe, alarmado —. No le he visto.

Poco después, en las taquillas del vestuario, mientras se ponía la bata y dejaba su sobretodo, observó también la ausencia de Adam Tell. Se dirigió al laboratorio y encontró allí a Corie Lacroix.

— Hola, buenos días —saludó la joven, jovialmente.

— Buenos días —contestó Joe, con voz apagada.

— ¿Te ocurre algo, Joe?

— Estoy preocupado por Adam. No ha venido en toda la noche al apartamiento.

— ¿Qué le puede haber sucedido? ¿Has llamado al Servicio de Información de la Seguridad?

— Sí. No saben nada.

Y, desde luego, Adam no compareció aquella mañana en el Instituto. Y, por lo tanto, fue preciso informar al jefe de la sección, doctor Lander, quien se encargó de efectuar la correspondiente denuncia oficial. Un biólogo no podía, ni tenía derecho a faltar a su deber.

A las doce de la mañana, mientras Joe y Corie estudiaban el programa de trabajo que debía realizar ella, estudiando muestras precintadas en cajas herméticas de cristal que contenían esporas de «forgas», el doctor Lander penetró en el laboratorio.

— La Oficina de Seguridad ha comprobado que, ayer, a las ocho, Adam estuvo en el barrio viejo de la ciudad. Se sabe que su presencia allí promovió un leve incidente con una corista del «Playhouse Still», un «music-hall» de mala fama, donde se ofrecen entretenimientos un tanto equívocos.

»Tell penetró en el edificio con la corista Zafir Krau y estuvo allí hasta

poco antes de medianoche, hora en que salió con la citada mujer, sin que se haya sabido nada más de ambos.

»La corista también ha desaparecido de su alojamiento. No ha ido a dormir a su pensión de Malmedy Street. Es, por lo tanto, un caso extraño. Pero el director del Instituto está dispuesto a considerar el asunto como un caso de deserción técnica, si no aparece Adam Tell antes de veinticuatro horas.

— ¿Qué puede haberle sucedido?

A la inquietante pregunta dé Joe Wolfach, el doctor Lander se encogió de hombros.

— No quiero pensar que Adam haya perdido la cabeza por una mujerzuela. Pero la situación es muy grave. Intervendrá el Servicio Especial de Seguridad y la cosa trascenderá. Seguramente serás interrogado, Joe. Tú eres su mejor amigo.

— Pero yo no sé absolutamente nada.

— Vosotros ibais siempre juntos. Vivíais juntos y trabajabais juntos —remarcó el doctor Lander—. ¿Qué ocurrió ayer?

— Pues... Le perdimos en la plataforma, doctor — dijo Joe—. La señorita Corie venía conmigo. Ya sabe usted la prisa que tienen todos para salir de la plataforma. Fuimos a tomar el tren subterráneo y no le vimos.

— Eso fue — corroboró Corie, apenada.

El doctor Lander miró fijamente a la joven.

— No quiero pensar en que la llegada de usted a esta sección sirviera para desunir a dos buenos amigos.

— ¡Le aseguro a usted que yo no hice nada para separarlos! —protestó la muchacha, enojada—. No podía suponer que Adam Tell tomase una decisión tan... tan especial.

* * *

En aquellos momentos, Adam Tell se encontraba a bordo de un viejo «overcraft», navegando en aguas del Océano Pacífico, en compañía de Zafir Krau.

Por la noche, había tomado la embarcación en el puerto deportivo de Santa Mónica, adquiriendo varias bolsas de provisiones en un almacén de los que no cierran en todo el día, y navegaban, a escasa marcha, alejándose del continente.

¿A qué obedecía la extraña actitud del biólogo?

Era sencillo. Habló con Zafir durante varias horas y comprendió que la insignificante muchacha tenía razón. Él no era más que un individuo privilegiado, porque unas máquinas encontraron su coeficiente intelectual capacitado para el estudio profundo de la biología, la ciencia básica y primordial en las especiales condiciones por que atravesaba la humanidad.

— Tienes razón, Zafir. En el Instituto no hacemos más que dar vueltas en torno al mismo objeto, sin conseguir nada práctico. Los pueblos confían en nosotros y no les ayudamos.

»Tenéis derecho a estar resentidos contra nosotros. Somos unos inútiles, envanecidos por nuestra categoría social, pero sin mérito alguno. Nadie, óyeme bien, nadie ha hecho nada útil para acabar con el azote que nos está destruyendo.

»Es angustioso ver cómo transcurre el tiempo y nuestros esfuerzos se estrellan ante el invisible muro de la imposibilidad. Existen muchas teorías, viejas y nuevas, que podrían producir algún efecto, pero no se ponen en práctica más que soluciones inverosímiles, costosas e inauditas, como las ciudades polares, donde sólo podrán vivir individuos opulentos.

»Los pobres serán enviados a planetas experimentales, donde deberán adaptarse o morir. Nuestras ciudades están siendo defendidas con murallas que no sirven para nada, porque sólo consiguen demorar unos años la invasión de «antiforgas».

»Y es inútil todo lo que estamos haciendo... ¡Todo inútil y estéril! Ésa es la verdad.

Oyéndole, Zafir se había enternecido. Era un muchacho joven y sincero. Ella no había hablado jamás con un biólogo, a los que siempre consideró, porque así se lo habían enseñado, poco menos que dioses. Y el joven Adam resultaba ser humano y sencillo.

Era evidente que Adam sufría profundamente. La ansiedad asomaba a sus facciones, a sus ojos, como volcándose al exterior. Por vez primera en su vida se encontraba solo en un mundo hostil. Incluso su amigo Joe le abandonaba al interponerse entre ellos la primera mujer bonita.

Su reacción fue espontánea. Sintió deseos de huir lejos de todo, de morir, si era preciso. Y se lo dijo a Zafir.

— ¿Qué haces tú aquí?

— Sirvo de entretenimiento a los hombres —contestó ella.

— Pero... ¡esto es abominable! Vivimos en un país libre, moderno, justo...

— Eso crees tú. Las máquinas examinadoras nos marcan en cuanto salimos de la niñez y nos trazan el camino que hemos de seguir. «Grado Dos» quiere decir que una mujer, si no es bonita, tiene que trabajar en cadenas de producción industrial. Si lo es, puede obtener unos pocos ingresos más, en los entretenimientos... ¡Pero está destinada a la soltería, a la soledad, a la esclavitud, por así decir!

»Los grados superiores gozan, en cambio, de mayores ventajas. Estadistas, dirigentes, intelectuales, políticos... Y por encima de todos, los biólogos, que son inviolables, sagrados.

»¿Es esto justicia?

Adam comprendió que no. Y se dijo que sólo había un modo de evadirse de tanta vejación.

— Sólo hay un lugar donde no ocurren estas cosas, Zafir — musitó Adam.

— ¿Dónde?

— En Terrimarum.

— ¿Qué es eso?

— Un lugar, en medio del océano, donde se han reunido grupos de hombres y mujeres fugitivos de las leyes, los gobiernos y las esporas. Han creado una población flotante, uniendo entre sí toda clase de embarcaciones, al estilo de los orientales en sus ríos.

»Todo el que llega a Terrimarum es acogido con simpatía y sólo se le hace jurar el cumplimiento de la ley divina.

— No he oído jamás que exista un lugar así.

— Ni lo oirás — contestó Adam —. A los gobiernos no les interesa divulgar la existencia de ese pueblo flotante que se ha establecido en medio del Pacífico, y no acatan más ley que la de Dios. Nadie les puede obligar a salir de sus embarcaciones. Allí, en medio del océano, son libres, iguales, blancos, negros y amarillos... Y allí se consideran, a lo que parece, libres de la plaga de «antiforgas», porque no hay tierra donde poder germinar.

— ¡Sería maravilloso vivir en un mundo semejante! — exclamó Zafir extasiada.

— ¿Quieres que vayamos? —propuso él, de pronto.

— ¿Juntos?

— Sí. Yo no tengo a nadie en el mundo. Tenía un amigo, pero... Bueno, ya no lo tengo.

— Sí, daría todo cuanto tengo por conseguir ir a ese lugar.

— ¡Pues, vámonos y adiós a este viejo mundo lleno de ambiciones y peligros! ¡Adiós a la humanidad!

* * *

En un «blaff-car» se trasladaron a Santa Mónica.

Allí trataron con un viejo marino, al que despertaron en su «overcraft» y le ofreció Adam cuanto tenía por la embarcación. Después de mucho regatear, el viejo accedió, dejando a Adam un puñado de dólares para adquirir provisiones y combustible.

En el «overcraft» habían redes, sedales y anzuelos y confiaban en la pesca para acompañarse en la alimentación. Lo único que cargaron en abundancia fue agua y harina. Ignoraban dónde estaba la ciudad flotante de los seguidores de Dios, y tal vez el viaje fuese largo.

Zarparon al amanecer, sin dar explicaciones a nadie. Zafir llevaba un sobretodo de «lastex» y el cabello rojo recogido en un tosco moño. Adam se había despojado de su blusa, con el escudo de biólogo, y llevaba un viejo suéter de fibra sintética que encontró en el «overcraft», el cual había sido antaño una embarcación para pequeño pasaje y tenía una sala y varios camarotes.

Zafir pensaba arreglar todo aquello y convertirlo en un hogar flotante, en donde viviría con Adam, con quien convino en casarse en cuanto llegasen a Terrimarum.

Adam Tell había desertado, rumbo a la felicidad. Eligió una vida nueva, diametralmente distinta a la suya, acompañado de una mujer hermosa y sufrida, que le habría de entregar todo su corazón.

Adam se proponía ser feliz y libre. Pero ¡el azar tenía que decidir por él todavía!

III

Joe Wolfach y Corie Lacroix se casaron un año más tarde. La ceremonia se celebró en una antigua misión franciscana, rodeada de un viejo muro de piedra, que se encontraba cerca de la mansión de los Lacroix.

Muchos biólogos asistieron a la boda, que estuvo procedida de una fiesta a la que asistieron relevantes personalidades del gobierno, dado el alto prestigio que tenían los miembros del Instituto Biológico del Estado.

Luego, los novios emprendieron un viaje de varios meses por los países del norte, ajenos por completo a que el mundo vivía instantes angustiosos y que la muralla térmica de Veracruz-Méjico-Ciudad Guzmán, había sido rebasada ya, en algunos puntos, por la ingente progresión de las esporas que habían asolado toda Sudamérica, desde Méjico a la Tierra de Fuego, y en África sólo quedaban reductos aislados que estaban siendo evacuados rápidamente.

Joe y Corie eran felices y no querían pensar en tragedias.

Tampoco pensaban ya en el amigo desaparecido, ni en cuál había sido su suerte. Para ambos, Adam Tell había muerto de algún modo extraño y desconocido y no era más que un lejano recuerdo en sus vidas.

Estuvieron en la nueva ciudad polar, donde la ingeniería del siglo XXI había realizado una obra impresionante y maravillosa. Tres grandes centrales térmicas suministraban una temperatura ideal debajo de la inmensa cúpula transparente del «ferroglas», que medía veintiséis kilómetros de diámetro, y bajo la que se alzaban ya grandes edificios residenciales e ingentes complejos vitamínicos capaces de producir toda la alimentación de cincuenta millones de seres.

Corie se entusiasmó ante la idea de vivir en la ciudad polar y convenció a Joe para ahorrar y adquirir allí un piso elevado y con terraza.

Los técnicos de aquella ingente obra, entre los que habían amigos del padre de Corie, aseguraban que la Tierra podía quedar despoblada por culpa de las esporas «forgas», pero «Antartic» sobreviviría a la desolación y sus habitantes podían considerarse a salvo dentro de la inmensa cúpula.

Un apartamiento en «Antartic», empero, era algo increíblemente caro, incluso para un biólogo, cuyo sueldo sobrepasaba el millón de dólares anuales. Allí sólo podían vivir opulentos financieros, empresarios, dignatarios y magnates.

Y la verdad era que ya quedaban muy pocos alojamientos disponibles en la nueva ciudad polar. Por esto, el joven matrimonio Wolfach estudió un método para pagar la fabulosa cifra que les pedían por el piso con terraza en «Antartic», a base de depósitos de sueldo y créditos especiales.

De regreso a Los Ángeles y terminada ya su luna de miel, Joe y Corie trazaron sus planes para aumentar sus ingresos. Y precisamente por este motivo, Joe pensó en ofrecerse voluntario para una expedición biológica a los dominios de las «antiforgas», en la que se pagaban unos sueldos especiales.

De esto se enteraron a su regreso del viaje de bodas, al encontrar en sus respectivas mesas de trabajo sendas circulares de la Dirección General Técnica, en la que se pedían voluntarios para efectuar un reconocimiento a los páramos de Sudamérica.

En la misma comunicación se notificaban los emolumentos adicionales y las condiciones en que habrían de trabajar los biólogos, en «viviendas-blindadas», provistos de trajes de «Kodion» y con toda clase de seguridades especiales.

No parecían existir muchos voluntarios para tan peligroso trabajo, porque los biólogos, ya excelentemente pagados, no querían correr riesgos innecesarios en un país donde los tallos de «forgas» crecían como hierba siniestra, y donde los «antiforgas» serpenteaban creciendo y desarrollándose hacia las murallas que cerraban el paso a su invasión.

En una de las últimas reuniones de jefes de gobierno, celebrada en Irlanda, se acordó nombrar una comisión especial, para el estudio, a más alto nivel, de la situación en que habían quedado los lugares invadidos por las nocivas esporas.

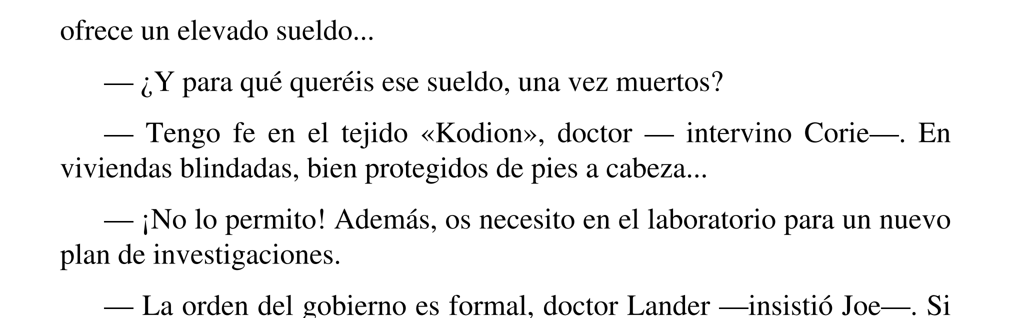
La comisión especial convino en pedir voluntarios entre los biólogos. Éstos debían salir de sus laboratorios y, provistos de equipos eficaces y transportados por aire, ir a examinar el resultado actual de la plaga. De tal investigación habría de salir un nuevo plan que, posiblemente, no conduciría a nada, como los anteriores. Pero que, mirado con escaso recelo, podía significar el ingreso, en pocos meses, del dinero que los Wolfach necesitaban para adquirir su alojamiento en «Antartic».

Y por este motivo, después de pensarlo bien, Joe y Corie decidieron hablar con el jefe de su sección, doctor Lander.

— Hemos leído la circular pidiendo voluntarios para visitar las zonas invadidas. Y, si nos ofrecen suficientes condiciones de seguridad, nosotros iremos — dijo Joe.

— ¿A Sudamérica? ¿Estáis locos? —exclamó Lander, atónito.

— ¿Y por qué habíamos de estar locos? La comisión especial nos



ofrece un elevado sueldo...

— ¿Y para qué queréis ese sueldo, una vez muertos?

— Tengo fe en el tejido «Kodion», doctor — intervino Corie—. En viviendas blindadas, bien protegidos de pies a cabeza...

— ¡No lo permito! Además, os necesito en el laboratorio para un nuevo plan de investigaciones.

— La orden del gobierno es formal, doctor Lander —insistió Joe—. Si la Dirección se entera de que se opone usted a nuestro deseo de colaboración...

Lander se movió inquieto en su asiento.

— Os lo digo por vuestro bien. No necesitáis mayores ganancias. Podéis vivir perfectamente aquí. ¿Para qué correr riesgos innecesarios?

— Tenemos nuestras razones, doctor —insistió Corie.

El doctor Lander miró a los dos fijamente y preguntó:

— Entonces, ¿estáis resueltos?

— Sí.

El doctor Lander se encogió de hombros.

— Allá vosotros. Hablaré con el Director.

* * *

Ni siquiera los padres de Corie pudieron disuadirles, pese a las lágrimas que derramó, en abundancia, la señora Lacroix. Ambos jóvenes estaban decididos a afrontar el peligro y no desistieron.

Unas semanas después, recibieron la orden de trasladarse al Instituto Biológico Central, situado en Baltimore, donde se enteraron, con verdadera sorpresa, que sólo eran cuatro voluntarios para realizar la inspección. Los otros dos biólogos tenían motivos diferentes para afrontar el peligro.

Uno, llamado Jan Fado, era un idealista de la ciencia y estaba seguro de encontrar la solución a los males que aquejaban a la Humanidad en las llanuras desiertas del sur. Incluso tenía una teoría extraña sobre el origen de las esporas y el modo de extinguirlas, si encontraba el lugar donde germinó la «espora-madre».

El otro biólogo, también joven como Jan Fado, se llamaba Stevens, Theo Stevens y era hosco, poco comunicativo y parecía estar ajeno a todo. Era, sin embargo, un bioquímico excelente, con un coeficiente intelectual

elevado.

Joe Wolfach, que pudo observar su ficha, se asombró al leer el grado psíquico de Stevens: ¡Era un Grado 103! Y en cualquier centro de exámenes psico-técnicos le habrían dado calificación de genio.

A pesar de esto, el delgado y estirado Theo Stevens era poco comunicativo, hosco y reservado.

Estuvieron una semana en el Instituto Biológico Central y se alojaron en un hotel de primera categoría, con todos los gastos pagados. Un secretario del Instituto los reunió y les dio instrucciones acerca de su misión.

— Habíamos pensado enviarles a distintos lugares de Sudamérica, pero hemos cambiado de parecer. Preferimos que vayan los cuatro juntos e investiguen en varias regiones.

»Se les proporcionarán trajes especiales, de «Kodion», que ya se están confeccionando de acuerdo con sus medidas anatómicas. Estarán listos dentro de pocos días.

»También dispondrán de una vivienda blindada cada uno. Se trata de vehículos oruga, perfectamente acondicionados, de los que podrán salir y entrar a su antojo, tomando las debidas precauciones. No son muy espaciosos, sin duda, porque se han aprovechado al máximo para llevar los laboratorios y los utillajes que necesitarán para su trabajo.

— ¿En qué consiste ese trabajo? —quiso saber Joe.

— Tenemos preparados programas de trabajo escritos. Pero les puedo decir, a grandes rasgos, que se trata esencialmente de estudiar la evolución sufrida en estos últimos tiempos por las «forgas» y «antiforgas» sobre los terrenos abandonados.

»Queremos material de estudio. Recogerán muestras de esporas, tierras sobre las que han germinado, las mutaciones sufridas en colonias de «forgas», etcétera. Queremos también películas de sus movimientos, su inmovilidad nocturna, el modo que tienen para convertirse en bolas... En fin, todo es interesante.

»Hemos remarcado como de especial interés las observaciones particulares de cada uno de ustedes. Acerca de esta inspección, que durará entre una semana y un mes, se confía que obtengan ustedes muestras para los laboratorios de los Institutos Biológicos.

»Estamos preparando grandes programas de trabajo y queremos basarnos en nuevas experiencias.

— ¿Seremos trasladados por aire?

— Sí. Un helicóptero gigante les llevarán con sus vehículos blindados. En la Base aérea les adiestrarán en el manejo de esas orugas, dentro de las cuales tendrán provisiones suficientes para un mes. El agua no es muy abundante y deberán aprovecharla al máximo.

»También disponen de aparatos de radio-televisión para comunicar con nosotros. Nos interesa información directa de los aspectos que figuran en los programas. También, sobre la marcha, podremos darles instrucciones acerca de lo que deben hacer.

»Ah, y me olvidaba. Esto es una buena noticia para ustedes. Aparte de la importante prima asignada a cada uno de ustedes, por realizar esta misión, el Instituto les hará una bonificación de cinco millones de dólares por persona, como compensación de riesgo. Si alguno sufriera un accidente, a consecuencias del cual muriese, sus herederos percibirían esas primas y sus sueldos en concepto vitalicio.

Corie sonrió, mientras miraba a su esposo.

En cambio, el biólogo Theo Stevens dijo:

— Renuncio voluntariamente a esos beneficios. No quiero que nadie se aproveche de mi muerte.

— No debe pensar usted en morir, doctor Stevens.

— No pienso en morir —replicó el científico—. Pienso en encontrar la cuna de las esporas y desentrañar su misterio definitivamente.

— De todo corazón, le deseo mucho éxito.

— Gracias.

Después de aquella reunión preliminar, los cuatro integrantes de la expedición visitaron un departamento auxiliar del Instituto Biológico, donde les probaron los trajes de «Kodion», los cuales les daban un aspecto de buzos.

Joe comprobó, dentro de aquella gruesa tela, que era prácticamente imposible la entrada de ningún agente patógeno y por tanto debían descartar la posibilidad de un ataque por púas de «antiforgas». Sin embargo, el técnico encargado de su construcción les advirtió varios puntos que debían tener muy en cuenta.

— En primer lugar, si sufrieran una rotura de estos trajes, se abstendrán inmediatamente de salir de sus viviendas blindadas. Recuerden que un accidente puede sufrirlo cualquiera por miles motivos. Antes de salir de sus refugios, asegúrense de que los trajes no han sufrido deterioro alguno... ¡Y recuerden que no podrán quitárselos en ningún momento!

— Esto será un problema —declaró Corie, inquieta—. Hay necesidades

que...

— Se han tenido en cuenta. Como observarán, los conductos bucales están protegidos, así como los excretores. Los sistemas de seguridad han sido comprobados meticulosamente, pero si encontrasen ustedes alguna anormalidad, deberán notificárnosla.

El aire que respiraban también estaba filtrado por una serie de conductores ingeniosamente ideados. Los guantes estaban sólidamente protegidos y eran muy flexibles, para permitir los movimientos de los dedos.

En definitiva, los cuatro expedicionarios se mostraron satisfechos de las ropas que debían llevar.

Luego, durante varios días, se reunieron con distintos biólogos, con los que cambiaron impresiones respecto a los trabajos a realizar en el dominio de las «antiforgas». Y, por fin, recibieron orden de salir para la base aérea, donde debían adiestrarles en el manejo de las viviendas blindadas.

* * *

A través de la ventanilla del enorme helicóptero, Joe vio la desierta y árida región que sobrevolaban. Durante años, las «forgas» y «antiforgas» habían sido las únicas criaturas vivientes de aquellos parajes donde árboles y plantas desaparecieron, para dejar una tierra desnuda, irregular y verdosa, donde los tallos de «forgas» se apiñaban como una nueva flora.

Era impresionante aquella visión desoladora.

Pudieron ver pueblos fantasmas, ciudades desiertas y cubiertas de polvo. Todo era silencio y soledad, misterio y muerte.

Sobrevolaron Méjico y pasaron a las dilatadas regiones del Brasil, árido, inmenso, vacío y calcinado.

Un oficial de navegación aérea se acercó a los cuatro biólogos y les dijo:

— Estamos llegando a la zona de lanzamiento. Les ruego que ocupen sus puestos.

Entonces Joe y Corie se abrazaron con fuerza, como si no fuesen a hacerlo nunca más. A ella la emoción le hizo derramar algunas lágrimas. El más impasible de todos fue Theo Stevens, pero estrechó la mano a sus compañeros y al oficial, para luego, ayudado por varios subalternos de la fuerza aérea, ponerse los trajes de «Kodion» y comprobar sus resortes y válvulas de seguridad. Todo parecía estar en orden, y por ello subieron a

los vehículos blindados, instalándose delante de las cabinas de mando, frente a los controles que debían accionar una vez estuvieran en tierra.

Luego, el enorme helicóptero empezó a descender hasta situarse a unos dos metros por encima del suelo. Eligieron la ancha y polvorienta franja de una antigua autopista de asfalto.

Una vez allí, en suspensión, el brazo articulado de la enorme grúa colocada al efecto en el interior de la cabina, agarró de la horquilla el primer vehículo blindado, que era el de Jan Fado, y lo levantó, llevándolo hacia la compuerta.

Por radio, un oficial de órdenes dijo a Fado:

— Cuando esté en tierra, ponga en marcha su blindado y aléjese unos veinte metros. Luego, espere a sus compañeros.

— De acuerdo —contestó Jan Fado, a través de su intercomunicador.

La grúa levantó el pesado vehículo — más de sesenta toneladas de acero— y lo sacó al exterior, suspendiéndolo en el aire, para luego depositarlo suavemente sobre la carretera y soltarlo.

Los observadores, situados en la cabina del gigantesco helicóptero, pudieron ver entonces, infinidad de minúsculos «antiforgas», como pequeñas arañas verdes, surgir de ambos lados de la carretera y cubrir en pocos instantes el blindado de Fado, imposibilitándole incluso la visión del parabrisas.

Como se había previsto tal contingencia, Fado accionó los limpiacristales y las «antiforgas» fueron barridas.

— Está usted materialmente cubierto de plantas-vivientes, señor Fado —le informaron los observadores, por radio.

— Lo veo. No teman. Estoy bien protegido.

Fado accionó los mandos de su vehículo y lo distanció del helicóptero gigante, dejando sitio bajo él para que pudiera descender el blindado de Joe Wolfach.

La operación se repitió con el vehículo blindado de Corie y de Theo Stevens. Mientras se realizó el desembarque, con una celeridad elogiosa, varios subalternos estuvieron ante la compuerta abierta, provistos de tubos lanzallamas, por si las «antiforgas» trepaban por la tenaza de la grúa, cosa que no ocurrió, pues, aunque los vehículos se cubrían rápidamente de aquellos repelentes bichos, la pinza de la grúa era alzada cuando apenas el vehículo había tocado el suelo.

Una vez los cuatro blindados estuvieron en el suelo, el helicóptero se remontó rápidamente, cerrándose la compuerta y comprobándose que

ninguna «antiforga» había penetrado en él.

Entonces, desde su puesto de observación, el comandante de la nave aérea envió un mensaje a los cuatro científicos, diciéndoles:

— Nos retiramos hacia la Base. Les deseo muchísima suerte.

— Gracias, señor — respondieron todos.

En tierra, sobre la carretera ahora invadida de «antiforgas», los cuatro expedicionarios utilizaron el periscopio giratorio para observar cómo se alejaba el helicóptero, dejándoles a su suerte.

Theo Stevens había sido nombrado jefe de la expedición. Él fue quien dijo, a través del «imasoni», con el que podía ver y oír a sus compañeros:

— Nos encontramos cerca de la desembocadura del Amazonas, que es donde, según las inspecciones aéreas, se originó la plaga. Estudios personales míos me inducen a precisar más aún y creo situar el origen de la plaga en las proximidades de Sâo Luis.

»Ahora bien. Nos encontramos cerca de la antigua ciudad de Belem, por lo tanto, si examináis vuestros mapas, veréis que debemos dirigirnos hacia el este. Dejamos atrás Belem y llegaremos primero a Joâo Coelho. Luego, viene Anavera y Sâo José do Guripi, para seguir hacia Sâo Luis y Rosario.

»Encontraremos lugares para explorar. Nos interesa observar los cursos de emigración de las «antiforgas», pero las ausencias de esporas nos revelarán los lugares más antiguos.

»Hemos de tener bien en cuenta los lugares en que fueron colocados los focos radioactivos.

— Perfectamente, Theo —asintió Joe—. Ve tú delante. Mi esposa te seguirá. Jan o yo podemos cerrar la marcha.

— Adelante, pues —asintió también Theo—. Voy a cortar la comunicación, para establecer contacto con el Instituto... ¡Ah, y recordad bien que si me sucediera algo, Joe tomará el mando!

— De acuerdo.

Joe aprovechó el último instante para enviar un abrazo simbólico a su esposa, y el cuarteto de vehículos blindados se puso en marcha avanzando por aquella carretera desierta, donde el tiempo y los elementos habían causado grandes deterioros.

Sin embargo, era más seguro viajar por allí, que tomar el terreno circundante, lleno de quebradas, barrancos y precipicios. Todo lo más que podía ocurrirles era lo que veían a la vista: baches, fisuras en el asfalto, ¡y legiones de «antiforgas» verdes, erizadas de tentáculos y púas que

pretendían cortarles el paso!

Las cadenas de los blindados aplastaban millones de «antiforgas» en su rápido avance, pero esto no significaba nada, porque las plantas vivientes se contaban por cuatrillones o quintillones en todo el mundo. Y estas cifras, de fácil pronunciación, significan números incalculables.

El primer obstáculo lo encontraron a la entrada del recinto amurallado de Joâo Coelho, donde un puente se había hundido.

Theo Stevens detuvo su blindado y dio la orden de alto.

— Voy a salir al exterior. No os mováis de vuestros puestos. Me comunicaré con vosotros por medio de la radio individual.

— ¡Ten cuidado! —rogó Corie, impresionada.

Para salir de su vehículo, los expedicionarios debían penetrar en una cámara térmica y cerrar la compuerta interior, a fin de evitar el menor número posible de intrusos. Convivir con «antiforgas» de las que contaban se pegarían a sus trajes, era incómodo e ignoraban el efecto que podían causar en los instrumentos y alimentos. La cámara intermedia evitaría entrar «antiforgas», por medio de un intenso calor que los viajeros debían sufrir unos segundos.

La primera salida, no obstante, la hizo Theo Stevens sin inconveniente, cerrando herméticamente la compuerta. Luego abrió... ¡Y todo él se vio envuelto en repelentes «antiforgas»!

IV

Al quinto día de viaje, el «overcraft» dejó de funcionar y quedó sobre el agua, a merced de las olas. Adam Tell revisó los indicadores y comprobó que se había agotado el carburante.

— Lo que me temía — musitó, desalentado.

— ¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Zafir, estrujándose las manos y pensando que había cometido una locura al abandonar Los Ángeles e irse con aquel joven apuesto, cuya importancia como biólogo había desaparecido totalmente al desertar.

Zafir, sin embargo, no era egoísta. Sabía apreciar el gesto sublime y desprendido de Adam y le adoraba. Él no era un hombre como los demás, y se preciaba de haber conocido a muchos hombres.

— No podemos hacer nada, Zafir. Nos dejaremos llevar por la corriente y que Dios tenga piedad de nosotros. Puede que encontremos algún buque que nos ayude.

— Nos hemos apartado deliberadamente de las rutas marítimas — musitó ella —. No sabemos dónde estamos ni dónde está Terrimarum... Creo que nos hemos metido en una peligrosa aventura.

Adam esperaba, tarde o temprano, alguna reconvención como aquélla. Se acercó a Zafir y la tomó de los brazos, mirándola a los ojos.

— Dime la verdad, ¿estás arrepentida de haber venido conmigo?

— ¡No! —respondió Zafir, espontáneamente—. Si mil veces me lo pidieras, mil veces me iría contigo.

— Gracias. Entonces, no te preocupes. Tenemos alimentos, útiles de pesca y agua. No nos moriremos de hambre durante bastantes días. Hasta que se acaben las provisiones pueden pasar muchas cosas.

A partir de aquel momento, Zafir y Adam pasaban el día en cubierta, empuñando las redes y los sedales, logrando cuantiosas capturas. A él le creció la barba y se le deterioró la ropa. Hacían vida de robinsones, escatimando hasta la última gota de agua, para que durase más el precioso líquido.

Y siempre miraban esperanzados al horizonte, sin ver ni una embarcación.

De noche, se tendían en distintos camarotes y soñaban con encontrar la

ciudad flotante de los hijos de Dios y del Mar.

Una noche, el tiempo cambió y los vientos soplaron con violencia. El océano, que de pacífico no tenía más que el nombre, se increpó, furioso, y Adam hubo de levantarse para cerrar todas las compuertas y evitar el hundimiento.

Zafir también se levantó y le ayudó. Luego, achicaron con las bombas la escasa cantidad de agua que había penetrado en la cabina principal.

Poco a poco, el insignificante «overcraft» fue siendo zarandeado en todos sentidos, agitado, sacudido, levantado y bajado, mientras que enormes olas lo batían como si fuese un juguete insignificante. En la cabina, sentados y agarrados a sus sillas, los infortunados navegantes rezaban con los ojos cerrados.

Luego, en una de aquellas vertiginosas caídas hacia abismos insondables, Zafir se soltó y fue a golpearse contra el mamparo. En medio del rugir de la tempestad, su grito apenas fue escuchado. Adam, empero, la oyó y fue a socorrerla, abrazándola y sujetándose a un soporte, metálico.

Fue allí donde por primera vez la besó, para confortarla. Ella se abrazó a él, llorando, y no dijo nada.

Pero continuaron siendo zarandeados por el vendaval durante toda la noche, hasta que, a la mañana siguiente, las olas se aplacaron y la frágil embarcación quedó flotando, airosa y vencedora, sobre un inmenso banco de niebla que les impedía ver a más de un paso.

— Menos mal que ha cesado el temporal — se alegró Adam—. ¿Qué te parece si comemos algo?

— Sí, cariño.

Ella se metió en la pequeña cocina, encendió el fogón de gas y se puso a cantar, mientras sacaba del refrigerador los huevos congelados y la carne. Cortó también rodajas de pescado y calentó galletas al horno.

Cuando hacía el café, Adam se asomó en la puerta.

— Estamos sumergidos en un compacto banco de niebla. El radar no indica nada en todo su diámetro... Anoche pasamos un buen susto.

— Me alegro de que haya pasado — Zafir se volvió y dejó de sonreír, para preguntar —: ¿Por qué dejaste el Instituto Biológico del estado, Adam? ¿Qué te pasó, realmente?

— Creo habértelo dicho. No tengo a nadie en el mundo.

— ¿No tenías amigos?

Adam tardó un instante en contestar. Luego musitó:

— Tenía uno, pero... ¡Ya no lo tengo! No estoy obligado a él, ni él a mí. Tampoco quiero admitir que una chica vino a interponerse entre nosotros.

— ¿Una chica bonita?

— Sí, muy bonita.

— Más que yo, ¿eh?

— No, de ninguna manera. Más bonita que tú no hay nadie, Zafir. Estoy seguro.

* * *

El radar detectó, de pronto, una mancha confusa e irregular. Adam se dio cuenta y exclamó:

— Creo que hemos llegado a una isla.

Zafir se levantó del asiento reclinable y se acercó a él, mirando la oscura pantalla, donde la aguja, en cada vuelta, señalaba un contorno irregular.

— Ahora podremos saber dónde estamos... ¿Y si es una isla cubierta de «antiforgas»?

— Esperemos que no sea así. Sin embargo, lo mejor que podemos hacer es cerrar bien las compuertas para evitar que entren esas plantas vivientes, si las hay... Aunque también podríamos haber llegado a Terrimarum.

— ¿Tú crees? —preguntó Zafir, esperanzada.

— No nos hagamos ilusiones. Sería demasiada suerte. De lo que sí estoy seguro es de haber llegado a alguna parte. Y pronto sabremos dónde estamos, pues nos vamos acercando lentamente.

Mirar a través de los cristales era inútil, debido a la densidad de la niebla. Por ello, Adam continuó observando la pantalla del radar y pudo comprobar que el «overcraft» derivaba hacia la isla o continente registrado en el círculo electrónico.

Y, de pronto, la aguja rastreó un punto luminoso que se separó de la irregular silueta.

— ¡Mira, Zafir! — exclamó Adam —. Creo que es una embarcación que viene hacia nosotros. ¡Sí, no cabe duda! ¡Es una lancha o embarcación rápida, que se nos acerca! ¡Su radar les habrá indicado nuestra presencia!

Salieron precipitadamente a cubierta y Adam se llevó las manos a la boca, gritando:

— ¡Aaaaah de la embarcación! ¡Cuidado, no colisionemos!

— ¿Quiénes sois? —preguntó una voz ampliada por un megáfono electrónico.

— Náufragos en un «overcraft» a la deriva.

— Dentro de un instante os abordaremos. No temáis.

Efectivamente, una proa metálica surgió de pronto, entre la niebla. Adam y Zafir pudieron ver una silueta en la cubierta, agarrada a un pasamano y empuñando un megáfono.

— ¡Alto, para el motor! — gritó aquel sujeto.

Se trataba de una airosa lancha de recreo, plateada. Y el hombre que iba en proa vestía un singular ropón gris que le llegaba hasta los pies.

— ¿Dónde estamos? —preguntó Adam.

— En medio del Pacífico, hermanos. Sed bienvenidos a Terrimarum.

— ¿Es esto Terrimarum? —preguntó Adam, incrédulo.

—Ciertamente. ¿Habéis oído hablar de nosotros?

—Sí. Y veníamos para unimos a vuestra comunidad.

— ¡Loado sea el Señor por guiar vuestros pasos! El Océano Pacífico es grande y nuestro pueblo flotante pequeño, pero todo el que quiere encontrarnos es acompañado por la providencia... Soy el Hermano Jacques Briéres. Estoy en el grupo de vigilancia. ¿De dónde venís?

— De Los Ángeles.

— ¿Sois marido y mujer?

— Todavía no. Queríamos casarnos aquí.

— ¡Oh, eso os enaltece! Nuestro Obispo Matheo se sentirá complacido... Esperad, os vamos a remolcar.

Otros individuos, todos vestidos con ropajes semejantes a los del Hermano Jacques se acercaron, tendiendo las manos a los recién llegados. Todos eran hombres, todos llevaban barba y vestían igual. Y todos iban descalzos.

Cuando el «overcraft» estuvo amarrado, la lancha viró en medio de la niebla, para conducirles hacia la ciudad flotante. El Hermano Jacques y otro individuo habían saltado al «overcraft».

—¿Quién os habló de nosotros? En los Estados Unidos muy poca gente

nos conoce. Sabemos que el gobierno silencia nuestra existencia.

— Soy biólogo — dijo Adam —. Tenía un cargo privilegiado y...

— ¿Biólogo? —exclamaron los dos hermanos, a la vez, como si hubiesen oído una palabra incomprensible.

— Sí. Estaba en el Instituto Biológico de California.

Los dos hombres se miraron.

— ¡Es el único!... Y, ¿dices que venías para unirte a nosotros?

— Sí, yo y Zafir Krau.

— ¡Asombroso! Un biólogo es un individuo bien retribuido, mimado por la sociedad, respetado de todos. ¿Qué te ha inducido, pues, a dejar las comodidades que debías poseer en Los Ángeles para venir a unirte a nosotros?

— Fue una profunda reflexión —explicó Adam—. Esta mujer me hizo darme cuenta de la injusticia en que vivimos. Comprendí que tenía razón al insultarme. La humanidad entera confía en nosotros y no hemos sido capaces de salvarla. Día a día, la inquietud aumenta. Las murallas térmicas no logran contener el avance inexorable de las «antiforgas» y se está enviando al pueblo hacia las colonias de aclimatación de otros planetas, donde las condiciones de vida son inhumanas.

»Prueban esos mundos con cobayas humanos. En algunos lugares tienen éxito y se sobrevive, empezando a crear complejos industriales de aprovisionamiento. Pero habrán de pasar siglos antes de conseguir adaptar mundos como Venus a nuestros sistemas agropecuarios... ¡Y costará millones de vidas!

»Se encuentran con problemas insolubles, enfermedades desconocidas, obstáculos insalvables, al parecer. Y es que el hombre ha nacido en La Tierra y aquí se ha desarrollado. Trasladarles a otros mundos para aclimatarlo allí es un genocidio espantoso.

»En cambio, sé que los potentados, los dignatarios y los grandes empresarios, se están construyendo una fabulosa ciudad polar, a salvó de invasiones, donde piensan pasar el resto de sus días, sin preocuparse de lo que será de sus hijos o sus nietos.

»También me he dado cuenta, y esto lo he vivido por mí mismo, que los Institutos Biológicos, los cuales disponen de los talentos más grandes, sólo intentan emularse entre sí, buscando fórmulas y programas que no conducen a ninguna parte, porque no existe efectiva colaboración universal para afrontar el problema de esa infernal invasión de esporas maléficas.

»Los directores desean que dure la situación, que se agrave, si cabe,

porque eso les da mayor prestigio ante los gobiernos. Se hacen pagar los presupuestos más altos, exigiendo más día a día, bajo pretexto de que la investigación exige inversiones enormes.

»Y todos esos gastos sólo sirven para que vivan espléndidamente unos cuantos inviolables, mientras que mujeres como Zafir, en plena juventud, han de mercadear con su belleza o someterse a un trabajo angustioso y mal pagado.

»He visto ese mundo y no me gusta. Yo conocía de la existencia de Terrimarum y de los seguidores de Dios, donde todos sois iguales. Y por eso deserté.

Los dos hermanos habían escuchado a Adam en silencio, impresionados por sus palabras. Eran hombres sencillos y sentían la profundidad en la elocuencia del joven biólogo. Fue el compañero del Hermano Jacques quien dijo:

— No sólo eres un hombre inteligente, sino justo y bueno. Permíteme darte mi más sincera bienvenida a la comunidad de Terrimarum, hermano. Mi nombre es Luke Hely.

La lancha que les remolcaba se detuvo ante la pasarela de un enorme navío. Varios hermanos les ayudaron a subir a la cubierta. Adam y Zafir fueron informados de que se trataba de un viejo mercante, fletado por una comunidad religiosa del Canadá, y que habían llegado una semana antes.

Desde aquel viejo barco mercante y por encima de pasarelas protegidas con pasamanos de cuerda, pasaron a otras embarcaciones. La niebla les impedía ver perfectamente el singular paisaje de las embarcaciones que formaban la ciudad flotante, donde se rezaba y se trabajaba para sobrevivir.

De aquel modo, llegaron a una gran plataforma, constituida por grandes pontones de madera embreada, en donde descubrieron la más insólita ciudad que imaginar pueda mente alguna. Estructuras superiores, puentes de navegación, casetas y casas de madera formaban el entramado de la población, en donde, como luego supieron, vivían más de cincuenta mil almas. Y en el centro de aquel disparatado mundo, se alzaba una torre de vigilancia marina, de setenta metros de altura, en donde estaba instalado el Templo.

La estructura de la torre se había cubierto con planchas metálicas y se habían levantado pisos. Una escalera interior permitía subir hasta la plataforma de observación. Pero además, la comunidad había construido un ingenioso ascensor, que funcionaba con un generador eléctrico, para que el Obispo Matheo pudiera subir a su alojamiento, en la espaciosa cabina de cristales que había en lo alto de la torre.

Allí fue conducido Adam. Zafir quedó abajo, prestando declaración

ante una joven hermana.

* * *

El Obispo Matheo era un hombre de sesenta años, barba venerable y expresión inteligente. Como todos los habitantes de Terrimarum, vestía su ropón gris y como único distintivo llevaba al pecho un crucifijo de oro, prendido de una cadena.

Estaba sentado en una butaca, con un breviario en la mano, cuando el Hermano Jacques introdujo a Adam.

— Perdona, padre. He creído conveniente molestar tu atención debido a la importancia del caso — empezó diciendo el Hermano Jacques.

— ¿Qué ocurre? ¿Quién es este joven?

— Es el Hermano Adam Tell, y acaba de llegar hasta nosotros en un «overcraft». Le acompaña una joven con la cual desea contraer matrimonio.

— Eso está muy bien, hijo. Sé bienvenido a nuestra comunidad. ¿Qué noticias traes?

— El Hermano Adam Tell es biólogo, padre — añadió el Hermano Jacques.

La sorpresa demudó el rostro del Obispo.

— ¿Biólogo has dicho?

— Sí, padre — contestó Adam.

— ¿Y has dejado tu trabajo para venir con nosotros? ¿Tan mal andan las cosas?

— Mal, desde luego, van. Pero el mío es caso particular.

— Siéntate, hijo, haz el favor. Puedes retirarte, Hermano Jacques. Espera fuera.

El Hermano Jacques, hizo una reverencia y salió, mientras Adam se sentaba ante el anciano Obispo.

— Muy singular... El primer biólogo que viene a Terrimarum. ¿Huyes acaso de las «antiforgas»?

— No, padre. Huyo de esa sociedad injusta y miserable, a la que Dios ha enviado una plaga por sus muchos pecados. Y aun ahora, mientras la humanidad padece, hay gentes que siguen viviendo en el error, en la ceguera, en el odio y en el pecado.

— Se nota tu culta condición. Me complace hablar contigo. ¿Hacen muchos progresos las «antiforgas»?

— Sí, muchos. De nada sirven las barreras térmicas. La invasión es constante.

— ¿Y no se descubre nada para exterminar la plaga?

— Nada.

— ¿Tan mal está la ciencia biológica?

— No es eso, exactamente, padre — dijo Adam, tristemente—. Existen demasiados individualismos. Y aunque yo descubriera un procedimiento para extinguir la plaga, mis superiores no lo pondrían en práctica, porque el «stato quo» les conviene. Nadie quiere perder los privilegios adquiridos, ni los altos salarios que obtienen. En las direcciones de los Institutos hay mucho egoísmo.

»No ignoro que existen biólogos jóvenes, con ganas de investigar. Y se esfuerzan en conseguir algo importante, pero les frenan los de arriba. ¿Me entiende, padre?

»Si todos los biólogos del mundo aunasen sus esfuerzos, la plaga ya estaría liquidada. Deben de existir medios suficientes para hacerlo. Pero hay muchos intereses egoístas metidos por medio.

— Comprendo, comprendo — asintió el Obispo Matheo, tristemente—. Ése es el mal que siempre ha aquejado a la humanidad. El egoísmo ancestral... ¡Hemos de compadecerlos de todo corazón y rezar por los que sufren!

»Pero dime, hijo; tú debes de saberlo bien. Estoy inquieto por esa plaga. Somos cincuenta mil seres aquí reunidos. Yo no me engaño. Entre nosotros existe más miedo que fe y lo sé. Yo los comprendo y respeto el temor, que es fruto del instinto primitivo que llevamos dentro. Pero me gustaría que me dijeras si corremos algún peligro aquí.

— No lo sé, padre — contestó Adam —. Depende de muchos factores. Las esporas se extienden por toda la tierra, e incluso por el mar, aunque el agua no es elemento adecuado para ellas. Necesitan un terreno propicio para germinar.

— Aquí no hay ni una brizna de tierra. Algunos buques que han llegado con lastre de arena y tierra, han sido vaciados al mar. Pero no es eso sólo. Mi temor es que las «forgas» puedan germinar en los maderámenes. ¿Qué opinas de eso, hijo?

— Sería conveniente investigarlo. ¿Poseen aquí medios para la investigación?

— Sí, algo tenemos. Hay un buque-laboratorio en donde intentamos formar a un grupo de biólogos.

— ¡Eso es interesante!

— Sí, pero carecemos de suficientes conocimientos para educar. Hay muy buena voluntad, pero también hay mucha ignorancia. ¿Si tú quisieras ayudarnos?

La expresión de Adam se iluminó.

— Será un verdadero placer, padre.

— Te envía Dios, Hermano Adam —replicó el Obispo Matheo —. Te nombro Jefe de Investigaciones biológicas de Terrimarum desde este mismo momento.

— ¿Y no teme que pueda traicionarles, burlarles o... cualquier otra cosa, padre?

— No. Aquí no somos como en tierra firme. Quien nos haga daño, Dios le castigará, no nosotros. Sólo nos atenemos a la ley divina, que es la ley natural de todos los hombres. Simple y perfecta... ¡Y cada uno es responsable de sus propios actos!

»Hasta el momento, y llevamos muchos años viviendo aquí, jamás se ha hecho daño a nadie. No se roba, ni se ofende, ni se miente. Somos demasiado humildes para envidiarnos los unos a los otros. ¡Ni siquiera tenemos jueces para administrar justicia!

Adam estaba maravillado.

— Deseo quedarme aquí el resto de mis días, padre.

— Puedes hacerlo. Cumple nuestros preceptos y serás uno de tantos hermanos. Ayuda y te ayudarán, ama y serás amado... Y reza que Dios se apiadará de ti.

— Lo haré, padre... Y pondré todos mis conocimientos al servicio de la comunidad.

— ¡Dios te lo premiará!

V

Además de hosco y reflexivo, Theo Stevens era frío y sereno como un suicida. Se limitó a sacudirse las «antiforgas» del cristal de su casco, diciendo:

— Estoy cubierto totalmente de animales-plantas. Jamás los había visto tan cerca.

Su voz carecía de inflexiones.

— ¡Por el amor de Dios, Theo! —exclamó Corie, a través de la radio individual, cuyos auriculares llevaba Stevens sobre las orejas—. No te arriesgues.

— Debo encontrar el modo de seguir adelante.

Sobre su atuendo de «Kodion», las «antiforgas» intentaban inútilmente introducir sus finas púas. El explorador aplastaba centenares de crías con sus pesados zapatos, y el piso de la carretera quedaba impregnado de un líquido verdoso que hacía resbalar ligeramente al caminante.

Stevens se dio cuenta del peligro de una caída y tomó precauciones.

Sus compañeros le observaban a través de los parabrisas, con el ánimo en suspenso.

— Al aplastar las «antiforgas», el suelo se vuelve resbaladizo. Hay que tener cuidado al andar.

Diciendo esto, Stevens llegó hasta el lugar en donde el puente estaba destruido. Comprobó que el desperfecto se debía a alguna explosión producida tiempo atrás, tal vez al arrojarse una bomba sobre el puente con algún fin experimental.

Pero observó que, a menos de quinientos metros, una rampa permitía descender a la vaguada.

— No hay problema —dijo—. Nos desviaremos hacia la derecha y bajaremos al cauce.

— ¿Hay camino? —preguntó Joe.

— Sí. No obstante, la rampa es empinada y debemos tomar precauciones. Si los blindados resbalan, nos podemos estrellar contra el fondo. Cualquier rotura puede ser peligrosa.

»Yo lo intentaré primero. Vosotros me seguiréis, ejecutando mi misma

maniobra.

— De acuerdo — convinieron los otros.

Theo Stevens regresó a su vehículo y penetró en la cabina térmica, que se había llenado materialmente de «antiforgas». Su cuerpo desalojó un gran volumen de aquellos bichos verdes. Pero al conectar la palanca de radiación, las «antiforgas» huyeron precipitadamente al captar el aumento de temperatura.

De los estudios realizados, los biólogos sabían que las «antiforgas» se movían en la temperatura ambiente, de cero a treinta grados. El frío las convertía en pequeñas bolas inertes y el calor excesivo obraba el mismo efecto. Se replegaban sobre sí mismas, encogiéndose y formando un caparazón.

Empero, no eran aniquiladas ni por frío ni por calor. En su forma espórica, resistían las más elevadas temperaturas y los cambios de ambiente más extremos. Sólo pisando o aplastando sus frágiles cuerpos, en estado normal, podían destruirse algunos millares de ellas... Pero había tantas y era tan peligroso acercárseles sin protección adecuada, que era prácticamente imposible exterminarlas.

El calor las ahuyentaba y un exceso de calor las convertía en esporas. Por este motivo, antes de penetrar en el interior de su blindado-vivienda, Stevens se sometió a un tratamiento térmico, hasta comprobar, entre sudores, que los animales plantas habían abandonado totalmente la cabina. Se revisó el traje de «Kodion», para comprobar que no quedaba ninguna «antiforga» adherida a él, y luego cerró la compuerta.

Entonces dio más temperatura a la cabina, para mayor seguridad, sobrepasando, por unos instantes, los ciento diez grados de temperatura. Si quedaba alguna «antiforga» prendida en los pliegues de su traje aislante, se habría convertido en espora, cayendo al suelo.

— ¡Diablos! — exclamó Stevens —. Esto es peor que la «sauna».

Abrió entonces la puerta interior de la cabina y penetró en su vivienda rodante, lanzando un suspiro.

No estaba aún tranquilo y examinó el suelo y las paredes, por si alguna «antiforga» se había introducido.

— Sin novedad — dijo —. La salida ha tenido éxito.

— ¿Han salido pronto los bichos de la cabina? — preguntó Corie.

— Sí. Son muy sensibles a la temperatura. Mi temor era que alguna haya quedado prendida en mi espalda. Por eso me he arrimado a la pared caliente.

»Ahora voy a dirigirme hacia la rampa. Estad atentos a mis maniobras.

— ¿Quieres que descienda yo primero? — preguntó Jan Fado, cuyo vehículo estaba el último en la fila.

— No. Yo he explorado el camino.

Poniendo su vehículo en marcha, Stevens maniobró con él y se salió de la carretera, hasta alcanzar el lugar en donde estaba la rampa. Allí redujo a la inmensa cantidad de «antiforgas» que cubrían el suelo, las cadenas resbalaban perceptiblemente. Esto le inquietó y dijo, a través de la radio:

— Mucha precaución. Si caemos y volcamos no habrá modo de salir de aquí.

Por suerte, el enorme peso de la vivienda rodante blindada hizo que las cadenas se agarrasen al terreno, y Stevens pudo llegar al fondo del cauce sin novedad. Luego, con la misma velocidad, subió a la otra vertiente, hasta alcanzar la cumbre.

— Ahora te toca a ti, Corie. A ver cómo te portas.

La esposa de Joe tuvo el acierto de evitar las rodadas de Stevens, donde una especie de doble pista resbaladiza, dejada sobre los millares de «antiforgas» aplastadas, indicaba el camino. Y de esta suerte logró imitar al jefe del grupo.

El vehículo de Joe, empero, entrando en la rodada del de Stevens, resbaló a los pocos metros y aceleró su marcha.

— ¡Cuidado, Joe; no frenes! —le gritó Stevens, que le estaba observando desde el otro lado de la vaguada—. Resbalarías más... ¡Apártate de nuestros surcos!

Esto era más fácil decirlo que hacerlo. Pero Joe no cometió la imprudencia de frenar, y el mismo peso del vehículo se afianzó al terreno, ladeándose peligrosamente.

Por suerte, la mitad del descenso se había hecho y el resto, resbalando a veces y otras no, permitieron a Joe alcanzar el fondo del cauce.

— No subas, Joe — le gritó Corie, por radio —. Es mejor que busques otra rampa más pedregosa.

— Hazlo, Joe —añadió Stevens—. Entre Corie y yo no hemos dejado apenas espacio para vosotros... Tú, Jan, debes seguir al borde de la vaguada hasta encontrar otro paso más factible. Debemos esquivar las rampas pronunciadas. Es como si estuviésemos caminando sobre lubrificante.

Joe evolucionó dentro de la vaguada y se alejó casi un kilómetro, hasta encontrar un ribazo en ligero declive, por el que trepó fácilmente.

Mientras, siguiendo las instrucciones de Steve, que le observaba desde el otro lado de la vaguada, Jan Fado se alejó, en la misma dirección que Joe, para encontrar otro lugar a fin de descender a la vaguada.

Pero no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde, que el terreno se ladeaba peligrosamente... Y de pronto se encontró resbalando hacia el borde del precipicio.

— ¡Cuidado, Jan! ¡Aléjate!

— ¡No puedo! ¡Resbala! ¡Socorro!

Sucedió el desastre. El vehículo blindado se ladeó, llegó al borde del ribazo y cayó violentamente, rodando por la pendiente, hacia el fondo del cauce, donde quedó de costado, girando en el vacío sus cadenas.

Debido al fuerte golpe, algunas de sus planchas debieron desencajarse, permitiendo la entrada en su interior a las «antiforgas» que lo invadían todo.

— ¿Jan, cómo estás? —gritó Corie.

— ¡Sacadme de aquí, por vuestras almas! —gritaba el infortunado, aterrado.

Stevens, Corie y Joe pudieron observar que el vehículo volcado había quedado con la salida bloqueada contra el suelo. Sacar a Jan de allí era imposible.

Pero el jefe de la expedición no perdió la calma y dijo:

— No te inquietes, Jan. Pediré ayuda y vendrán a recogerte los de la fuerza aérea.

— ¡Estos bichos están entrando por algún sitio!

— ¿Y tu traje?

— Creo que está bien.

— Eso es lo importante. Ahora mismo voy a llamar a la base aérea. Regresarán y te izarán.

— ¡Sí, por Dios, llama pronto!

La voz de aquel idealista de la ciencia estaba desgarrada por el miedo. El primer tropiezo le había aterrado. Sólo tenía la protección del traje de «kodion», y en la postura en que se encontraba, si sufría algún desgarro, su muerte era cierta.

Los otros tres vehículos se situaron sobre la vaguada, a escasa distancia de donde estaba Jan Fado, volcado. Stevens efectuó entonces la llamada de auxilio y le contestaron que tardarían varias horas en llegar a recoger al

accidentado.

Stevens explicó detalladamente cómo había sucedido todo al jefe de coordinación. La orden que les dieron fue:

— Quédense vigilando a Fado. Si lo creen oportuno y no han de correr peligro, pueden acercarse a él y ahuyentar las «antiforgas» por medio de los lanzallamas auxiliares.

— Lo intentaremos, pero sería quemar inútilmente un combustible que nos puede hacer falta. Encontramos a faltar radiadores delante de las cadenas. Eso ahuyentaría las «antiforgas» y podríamos avanzar sobre terreno despejado, aunque fuese más despacio.

— Estudiaremos eso. Si es factible, les enviaremos algo que les pueda servir.

* * *

Al anochecer llegó un helicóptero gigante que dejó caer un fuerte brazo metálico, agarrando el vehículo de Jan Fado y levantándolo. Luego siguiendo instrucciones del comandante de la aeronave, Jan salió de la cabina y se situó encima de su vehículo. Desde arriba, varios subalternos, con lanzallamas, impedían que las «antiforgas» trepasen por el brazo de la grúa.

Se le echó a Jan una escala y antes de permitirle la entrada en el helicóptero, sus ropas de «kodion» fueron rociadas de fuego prudencialmente. Entonces, se le izó y se le repasaron las ropas antes de dejarle entrar definitivamente en la nave.

Su vehículo blindado fue abandonado en el cauce, dejándole caer violentamente.

Stevens, Corie y Joe se despidieron de su compañero, a través de la radio.

— Lo siento, Jan — le dijo Theo Stevens —. Habremos de pasar sin ti.

— Suerte, amigos míos —respondió el otro, con voz emocionada.

Después de evolucionar sobre los tres vehículos que habían quedado en tierra, el comandante del helicóptero puso rumbo al norte, dejándole en aquella soledad impresionante.

— Será mejor que comamos algo y procuremos dormir — propuso entonces Stevens —. Por ser el primer día, ya hemos tenido suficientes emociones. Si os queréis decir algo, cerraré mi comunicación.

— Gracias, Theo —musitó Corie.

La línea quedó sólo para la comunicación entre Joe y su esposa.

— ¿No estarás asustada, verdad? —preguntó Joe.

— No. Un poco impresionada solamente. La experiencia de hoy nos demuestra que debemos extremar las precauciones.

— No te preocupes, cariño. No sé por qué razón, pero mientras veía cómo rescataban a Jan, pensé en Adam.

— ¿Por qué piensas ahora en él? —preguntó Corie, extrañada.

— No lo sé. Se me ocurrió de pronto la idea de que huyó porque aquella tarde le dejamos solo. Debió vagar por las calles, sin saber qué hacer, y por eso entró en aquella casa de entretenimiento... Creo que tengo un poco de culpa.

— No le dimos motivo para tomar la decisión de huir, abandonándolo todo. ¿Dónde pudo haber ido?

— Eso sí que no lo sé. Quizás esté en alguna colonia de aclimatación, en otro planeta.

— ¿Era muy extraño Adam?

— No. Nos compenetrábamos muy bien los dos.

— Pobre Adam... Me pareció un buen chico. Y me hubiese gustado tratarle mejor.

— ¿Te gustó más él que yo, el día que te conocimos?

— ¡No, tonto! Me gustaste más tú, por eso me casé contigo.

— Pero, ¿si le hubieses tratado más...?

— No puedo saber lo que hubiese sido. Sólo sé que te quiero y basta.

Luego, hablaron de cosas intranscendentes, se dijeron lindezas y terminaron por reclinarse en sus asientos, para dormir.

* * *

En otra parte del mundo, a bordo de un buque aprisionado entre pequeñas embarcaciones, pontones y pasarelas, Adam Tell estaba trabajando en algo muy importante.

Se hallaba en un extraño laboratorio químico, comprobando los efectos de una vacuna singular, de color verdosa, que había extraído de las esporas «forgas».

Tiempo atrás, trabajando en el laboratorio de Terrimarum, donde era jefe de investigaciones biológicas, un hermano le habló de una vacuna para inmunizar a la comunidad del terrible azote que representaba para la humanidad la picadura de «antiforgas».

Adam estuvo algunos días recapacitando sobre aquella idea, e incluso la consultó una noche con su mujer, mientras ella amamantaba al pequeño Anthony, de dos meses, hijo de ambos, porque Adam y Zafir se casaron al día siguiente de su llegada a Terrimarum.

»—Si pudiéramos encontrar una vacuna... Hubo un bioquímico francés, muerto hace quince años, que propuso al Instituto Biológico de su país la creación de una vacuna. Se discutió mucho entonces aquello, pero no se llegó a ningún resultado... ¡Y debe existir esa vacuna, Zafir; estoy seguro!

»— Pues dedícate a ello, Adam. Aquí nadie puede entorpecer tu trabajo.

»—Es que carezco de medios...

Sin embargo, hablando días más tarde con el Obispo Matheo, Adam encontró un decidido apoyo en él.

— Me gusta la idea, Hermano Adam. Y si necesitas algo y podemos dártelo.

— ¡Necesito un recipiente con «antiforgas», «forgas» y esporas! — exclamó Adam, resuelto.

El Obispo había fruncido el ceño, diciendo:

— Es muy peligroso traer eso aquí. Hasta ahora, nos hemos librado de su azote.

— Tomaré las debidas precauciones, padre. Pero no puedo trabajar en algo sin tener las más elementales muestras. Se trata de efectuar un viaje a Sudamérica y recoger muestras. Tenemos embarcaciones y hermanos dispuestos a venir conmigo. En la escuela tengo amigos que me secundarían.

— Está bien, hijo. El Hermano Jacques Briéres te prestará su concurso. Haced ese viaje y recoged las muestras que necesites. Pero, por el amor de Dios, tened cuidado.

El viaje se hizo en menos de una semana. Adam regresó de Lima con los recipientes precintados y la tierra fértil necesaria para hacer germinar tallos de «forgas». Con aquel material, en el laboratorio del buque hidrográfico, trabajó durante meses, durmiendo poco y dedicando toda su ciencia y saber, hasta lograr lo que ahora observaba en el recipiente: ¡suero extraído de las «antiforgas»!

Allí estaba el fruto de su laborioso trabajo. Allí tenía la muestra líquida y verdosa de lo que podía ser la salvación de la humanidad. El joven había echado sobre sus espaldas una gran responsabilidad.

Estaba solo, viendo burbujear el suero, y el silencio era completo.

Adam estaba demasiado enfrascado en sus pensamientos para sentir que se abría la puerta y aparecía su mujer, ataviada con un ropón gris.

— El niño duerme, Adam — musitó ella —. ¿Por qué no vienes a dormir tú también?

Lentamente, él volvió el rostro.

— Hola, Zafir. Aquí estoy, inseguro de mí mismo, con el fruto de doce meses de trabajo, sin saber lo que he conseguido. Sin atreverme a probarlo.

Zafir le echó los brazos al cuello, besándole con ternura.

— Te comprendo como nadie es capaz de hacerlo, amor mío. Sé lo que sientes, porque yo siento igual que tú. Decídete de una vez. No vas a perder nada con probarlo. Tienes los conejos de indias, las «antiforgas» agitándose dentro de los recipientes de cristal...

— Sí, lo tengo todo... ¡Incluso el miedo al fracaso!

— Si no lo pruebas, no sabrás si has fracasado o no... ¡Hazlo esta noche misma! Vacuna un par de cobayos y luego ponlos entre las «antiforgas».

Esto fue lo que al fin hizo Adam Tell. Recogió el suero en una jeringuilla e inyectó a los conejitos de indias. Luego, trémulo e inseguro, abrió al recipiente de cristal, donde estaban las «antiforgas», debatiéndose bajo la luz del laboratorio, y extrajo un par, valiéndose de unas largas pinzas.

Aquella especie de arañas verdes estuvieron en contacto con los conejos de indias vacunados. Luego, Adam volvió las «antiforgas» a su recipiente, para dedicarse a observar a los conejitos encerrados en sus jaulas.

La noche fue larga. Zafir le trajo café y tranquilizantes. Amaneció y los animalitos seguían vivos, aunque algo inquietos. Adam continuaba sumido en la terrible duda, pero la esperanza iba apoderándose de él poco a poco... ¡Hasta que se desvaneció de golpe!

Al mediodía, los cobayos empezaron a dar síntomas de inquietud. Luego murieron entre espasmos de agonía.

La experiencia había fracasado.

VI

Durante varios días, la expedición científica exploró los desiertos parajes de la región septentrional de Brasil, siguiendo, en parte el programa, y en parte la dirección de Theo Stevens, que les acercaba lentamente hacia las proximidades de la desembocadura del Amazonas.

Los tres biólogos habían tomado extremadas precauciones en su avance. Preferían efectuar grandes rodeos, antes de aventurarse por terrenos inseguros o que no ofrecían garantías.

Periódicamente, efectuaban salidas de sus vehículos blindados y estudiaban las «antiforgas», que cada vez, en menor número, hallaban a su paso.

Existían trechos de terreno, cada vez más grandes, completamente desprovistos de «antiforgas». Y esto era lo que investigaban con ahínco los tres biólogos. Era evidente que, en años anteriores, la invasión había pasado por allí. Análisis, de la tierra demostró que no existía en ella el menor germen biológico... Todo había sido aniquilado totalmente por la invasión, que, no encontrando ya sustancias para alimentarse, emigraba hacia lugares propicios.

— Es inútil intentar buscar el origen de la plaga, Theo —comentó una tarde Joe, cuando conferenciaron acerca de los descubrimientos realizados —. En estos parajes, las «antiforgas» no han dejado ni el menor atisbo de sustancia orgánica... ¡Todo está arrasado, muerto! ¡Aquí ya no volverá a crecer nada más nunca!

— Pero existen esporas —remarcó Stevens—. En condiciones climatéricas favorables, estas esporas pueden «resucitar». Las lluvias continuarán cayendo, aunque cada vez más raras, como se aprecia en los escasos cauces de ríos. Y, tal vez, con el paso de los años, algo puede volver a nacer.

— Si eso sucediera, hay esporas suficientes, ocultas entre la tierra para crear nuevas «forgas» y «antiforgas». Los ciclos se reproducirían —explicó Corie, interviniendo —. No, creo que la Tierra esté condenada.

— Pues yo insisto en buscar el origen de la plaga. Dondequiera que se haya producido, encontraremos algo significativo. Mi teoría, queridos amigos, es que una espora madre, procede del cosmos, llegó a nuestro planeta no sabemos cómo. Y en su interior llevaba la potencia suficiente para crear a toda su descendencia.

Esta revelación dejó un tanto pensativos a Joe y Corie.

— ¿En qué te fundas para decir eso?

— En una serie de teorías que pienso demostrar algún día, si tengo suerte —respondió Theo Stevens—. No la he expuesto jamás a nadie porque, como sabéis muy bien, no me escucharían. Incluso podrían tacharme de loco y visionario.

»Pero presiento que estoy cerca de averiguar la verdad. Ante todo necesito encontrar el lugar donde se germinó el primer tallo de «forgas». Será una tarea ardua y penosa. Puede que resulte incluso imposible. Pero tengo una buena pista.

— ¿Cuál?

— Ha de ser un lugar bastante aislado, cerca del mar. Tiene que estar enteramente desprovisto de «antiforgas», pero han de haber esporas «protectoras», esporas-madres, ya germinadas y ocultas, bien protegidas.

Joe y Corie no comprendían muy bien las palabras de su compañero, cuyo semblante estaban viendo en la pantalla de «imasoni».

— Eso debe tener un fundamento lógico — insinuó Joe.

— Para mí, lo tiene —contestó Stevens—. Escuchadme bien. Según las leyes genéticas, todos los gérmenes y animales de la creación sufren mutaciones periódicas, «saltos que hacen cambiar la estructura celular de los descendientes, de acuerdo con unos ciclos periódicos ininterrumpidos. Que sepamos nosotros, las esporas se han convertido en «forgas» y éstas en «antiforgas», o sea de óvulos en tallos y en plantas vivientes que se desplazan sobre sus extremidades.

»Hemos estudiado a fondo las «antiforgas» y no hemos encontrado nada en ellos para suponer que son animales inteligentes. Ni siquiera ganglios neurálgicos, ni cerebro, ni nada. Son púas, tentáculos y líquido verdoso o clorofílico, como dijo Brachs.

»El científico alemán fue desprestigiado por Kartieff y sus seguidores y cayó en desgracia. Pero, estudiando a Brachs, yo encontré algo significativo. Él decía que tanto las «forgas» como las «antiforgas» se encuentran dentro de una especie de animales-plantas micro eléctricos.

— Recuerdo haber leído algo de eso — asintió Corie, interesada.

— Y yo asocié esas ideas a otras y llegué a la conclusión que todos esos bichos forman parte de un mismo ser... Es como si de un huevo especial de gallina, salieran miles de descendientes gallináceos, pertenecientes a un mismo ser, prolongado misteriosamente en el tiempo y en la distancia por un óvulo primario, todavía vivo.

Joe no pudo por menos que esbozar una sonrisa, diciendo:

— Eso es absurdo, Theo. Es tanto como decir que mis hijos y los hijos de mis hijos forman parte de mí mismo.

— ¡No! — exclamó Stevens —. Quiero decir, y valga el símil, que tus hijos y los hijos de tus hijos están unidos a ti, en el supuesto de que tú estés vivo. ¡Y que los diriges, les transmites tu poder reproductor y expansivo en ti, pero separados de ti!

— Has hecho bien en no exponer tus teorías, Theo — dijo Joe Wolfach —. Creo que te habrían encerrado...

— ¡Y, sin embargo, se mueve! — exclamó Theo Stevens, cerrando de golpe la comunicación.

* * *

A partir de aquel momento, Theo Stevens se mostró poco comunicativo con sus compañeros, limitándose a dar instrucciones escuetas y tajantes.

Por su parte, Stevens efectuaba diariamente largas excursiones a pie, por terrenos libres de «antiforgas», para regresar al anochecer y decir al joven matrimonio cuál era el camino que debían tomar al día siguiente.

De aquel modo, a los quince días, Theo Stevens llegó a la Bahía de Sâo José, donde estuvo muchas horas buscando incesantemente. Pero no fue él, sino Corie, la que descubrió la caleta aislada, al pie del acantilado.

Theo Stevens estaba buscando por otro litoral, a varios kilómetros de distancia, sin advertir que Corie se hallaba ante el lugar donde germinó la primera espora venida del espacio.

Corie, románticamente, vio las olas rompiendo mansamente sobre la arena y le gustó el lugar. Entonces, habló por radio, llamando a su esposo.

— Joe, acabo de encontrar una caleta de ensueño. Sería ideal poder quitarse el traje de «Kodion» y darse un baño.

— ¡No! —gritó Joe, asustado—. ¡No hagas semejante locura!

— No pensaba hacerlo, desde luego. Aunque no hay vestigios de «antiforgas» por ninguna parte.

— ¿Y esporas?

— Pues... Sí... Pero, mirándolo bien, parecen distintas, más oscuras. Tal vez haya hecho un descubrimiento, Joe. Es mejor que vengas a reunirte conmigo... Veo esporas en las rocas, que parecen pequeños moluscos

adheridos a la piedra desnuda.

Joe no tardó en reunirse con Corie, caminando a buen paso por aquel terreno abrupto, pero desprovisto enteramente de vegetación. Dejaron abandonados los vehículos blindados en el lugar donde habían acampado la víspera.

Una vez junto a Corie, con lentes especiales de aumento, Joe y su mujer estudiaron durante largo rato lo que creían como esporas distintas. Incluso sobre el caparazón esférico, pudieron apreciar algo así como finísimas púas flexibles.

— Habríamos de someter esto a la ampliación del microscopio — observó Joe—. Desde luego, son esporas de «forgas», pero de característica distinta.

— No te acerques tanto al precipicio, puedes caerte, Joe —recomendó Curie.

— Y una caída hasta la caleta no debe de resultar agradable. Hay más de quince metros... Será mejor que avisemos a Theo.

Joe se incorporó y dio a la palanca que conectaba la radio individual con la de su compañero.

— Theo, ¿me oyes…? Theo, ¿no me oyes? ¡Contesta, por favor! Creo que hemos encontrado algo significativo.

Theo Stevens no contestó. Debía tener cerrado su circuito de comunicación y no fue posible establecer contacto inmediato con él. Por este motivo, Joe y Corie recogieron algunas muestras de esporas, las metieron en los tubos de ensayo que llevaban en su equipo y regresaron a las viviendas blindadas.

Una hora más tarde, Stevens regresó para comer, y Joe se le acercó.

— Hemos encontrado algo que puede ser interesante... ¡Mira esto!

Sin replicar, Stevens tomó el tubo de cristal que le mostró Joe y se lo acercó a la pantalla que protegía su cabeza. Agitó el tubo y luego preguntó:

— ¿Dónde lo habéis encontrado?

— Cerca de un acantilado que hay en aquella dirección.

Sin decir media palabra más, Theo devolvió el tubo a Joe y se alejó. No quiso ni comer. Tomó el camino indicado por su compañero, desapareciendo pronto tras los accidentes del terreno.

— Indiscutiblemente, Theo está obsesionado con sus ideas — comentó Joe —. Será mejor que comamos sin él. Hoy me toca entrar en tu «carro», querida. Comeremos juntos, como en casa.

Ella sonrió y se dirigió a su vivienda blindada. Examinó la cabina de acceso, por si había penetrado alguna «antiforga». Luego, entró sin tomar precaución alguna. Estaba tranquila.

Joe la reconvino:

— No deberías ser tan negligente. Puedes llevar algún bicho en las ropas.

— Vamos, Joe. Por aquí no hay más que esporas aletargadas. No hay peligro. Hasta podíamos comer como las personas, despojándonos de las escafandras.

— ¡No! — exclamó él —. Está terminantemente prohibido.

— Está bien. No temas. Seguiremos las instrucciones al pie de la letra.

Se sentaron en el interior de la cabina de descanso y se aplicaron a la válvula de alimentación de sus cascos, las cánulas de seguridad, para ingerir los alimentos concentrados en frascos de cristal, que se abrían una vez aplicada la cánula.

Ya tenía práctica en aquel sistema de alimentación, y aunque era bastante incómodo y engorroso, no tenían otra forma, a menos que se quitaran las escafandras.

Los concentrados eran vitamínicos y proteínicos, agradables de sabor y bien conservados. Claro que ambos hubieran preferido mejor un buen plato de ternera, con su salsa picante, que el contenido de las botellas. Pero sabían adaptarse.

Ambos pensaban en los dólares que percibirían a su regreso, lo que les permitiría adquirir en propiedad un bonito alojamiento en la ciudad polar de «Antartic» y codearse con personajes importantes de la sociedad mundial. Como biólogos tenían mucho prestigio.

— ¿Pondrán en «Antartic» algún Instituto Biológico, Joe? —preguntó Corie, al cabo de un rato.

— Seguramente. Todas las poblaciones importantes lo tienen.

— Viviendo nosotros allí, es fácil que te nombren Director.

— No lo veo yo tan fácil, querida. Pero no creo que vayan muchos biólogos a vivir a...

¡Un grito terrorífico repercutió en sus oídos en aquel instante, con tan angustiosa intensidad que les heló la sangre en las venas!

— ¡Theo! — exclamó Joe, levantándose —. ¿Qué te ha ocurrido, Theo? ¡Contesta!

Oyeron como un jadeo, mezcla de suspiro y gemido ahogado. Luego el

silencio. Corie fue la que intuyó la vendad.

— ¡Ha debido de caerse por el acantilado! ¡Dios mío, vamos allá!

Salieron precipitadamente del vehículo, para dirigirse, todo lo aprisa que les permitían sus trajes semirrígidos, hacia el acantilado en donde estuvieran horas antes. Al acercarse, no vieron a Theo por allí y sus temores se acrecentaron. Ambos habían insistido, llamando por radio a su compañero, pero no obtuvieron respuesta.

Al fin, jadeantes, llegaron al borde del acantilado. Y desde allí, sobrecogidos por el terror, vieron abajo, sobre la arena, el cuerpo inerte de Theo Stevens.

Sus temores se habían confirmado.

* * *

Antes de avisar por radio al jefe de coordinación, Joe quiso averiguar en qué estado se encontraba su compañero. Para ello, dejó a Corie allí y regresó corriendo a su vehículo, para ponerlo en marcha e ir hasta el acantilado, sobre la caleta.

Llevaban un equipo auxiliar de salvamento, con cuerdas de fibra de acero flexible, formando escalones. Joe amarró un extremo a su blindado y empezó a descender por la pared rocosa del acantilado. Desde arriba, llorosa y trémula, Corie le suplicaba prudencia.

Sin embargo, Joe llegó abajo sin incidente. Y al acercarse a donde estaba tendido Theo, vio que tenía un guante desgarrado y mostraba arañazos en la mano. Dedujo que Theo intentó aferrarse a las rocas, sin conseguirlo y la fuerza de su propio peso desgarró su guante.

Esto podía tener consecuencias trágicas y decisivas para Stevens, que se encontraba sin sentido, a consecuencia de la terrible caída.

— Tiene un guante roto y respira con dificultad, Corie —informó Joe —. No me atrevo a moverlo de donde está. A la caída se ha unido la rotura del guante y lo más probable es que se haya arañado con las púas de las esporas.

— Si es así, no creo que sobreviva. Estas esporas deben de poseer los mismos efectos mortales que las «antiforgas».

— No aventuremos desastres, Corie. Es mejor informar al Instituto por radio y pedir instrucciones.

— Sí. Yo lo haré. Quédate ahí hasta que Theo recupere el sentido.

— ¡Quiera Dios que vuelva en sí! — exclamó Joe.

Corie informó por radio al jefe de coordinación, explicando lo sucedido. La consternación se apoderó de los que seguían las incidencias de la expedición, que empezó con desastre y parecía que iba a terminar igual.

— Hagan lo que puedan por él... ¿Qué otra cosa podemos decirles? No hay ningún médico que se atreva a ir donde están ustedes.

— ¡Pero si aquí no hay «antiforgas»! —exclamó Corie—. Sugiero que envíen un reactor flotante. Stevens puede ser recogido por mar, lo cual ofrece menos peligro.

— Está bien. Intentaremos hacer algo. No se muevan de su lado. Informaré a la Dirección General y tomaremos alguna medida. Mientras, hagan lo que puedan por Stevens.

Corie cerró la comunicación y salió del blindado, dejando la compuerta abierta, para acercarse al borde del acantilado y mirar abajo, donde se encontraba Joe junto al insensible cuerpo de Stevens.

Por radio, ella dijo a su esposo:

— Ya les he avisado. Dicen que hagamos lo que podamos por Theo, mientras deciden lo que conviene hacer.

— Creo que debemos subirle ahí arriba.

— ¡No, no le muevas! Les he sugerido que envíen un reactor flotante para recogerlo por mar. Quizás envíen algún médico.

— Me temo que todo será inútil, Corie. El guante roto y el arañazo de su mano es mala señal. Es difícil que no se haya contagiado del veneno de las esporas, porque todas las rocas están llenas.

— Sospecho que se asomó demasiado sobre el acantilado y le venció su propio peso...

— ¡Calla, parece que se mueve! ¡Sí, abre los ojos...!

Efectivamente, Theo Stevens se agitó débilmente y abrió los ojos. A través del cristal de su casco, Joe pudo ver la mirada del herido clavarse en la suya. Luego, vio moverse sus labios.

— Caí..., Joe... Pero éste es el sitio. Buscad bien por aquí. La espora-madre ha debido de crecer. Es radio lo que lleva dentro... Radio que emite ondas... Hay que escarbar la arena... La coloración de las esporas... Indica que van a dar otro «salto»... a mutarse de nuevo... Surgirá una nueva especie, quizá más peligrosa... Presiento que ya se han cursado las «órdenes». Esas esporas se abrirán y sus antenas llevarán más vigor a sus vanguardias... ¡Hay que destruir la espora-madre y las demás morirán

también!

— No debes excitarte, Theo. Hemos avisado a Baltimore. Vendrán a buscarte por mar.

— No hay tiempo, Joe... Créeme... ¡No hay tiempo! ¡Sé que voy a morir! ¡Tienes que continuar mis investigaciones, comprobar mis teorías! ¡Siento un horrible dolor dentro de mí! ¡Me muero, Joe!

— No, te atenderán los médicos —casi gritó Joe, desesperadamente.

— Escucha, Joe... Debes hacerme caso... La coloración de estas esporas obedece a un cambio... No hay alimento para ellas, ni lo necesitan ya. Vivirán de oxígeno... Cambian de color y serán más fuertes... Atravesarán las barreras térmicas fácilmente... Saldrán de sus caparazones con más tentáculos...

— ¿Cómo sabes todo eso?

— Lo presiento... Lo veo... Ya germinan...

Theo Stevens hizo un esfuerzo, para incorporarse, pero cayó de espaldas, quedando inerte y trémulo, como si hubiese entrado en estado de coma. Ya no contestó a las palabras de Joe, quien pudo ver sangre en los labios del otro.

— No sobrevivirá —musitó Joe, para que le oyera su mujer.

Arriba, sobre el acantilado, tendida en el suelo, Corie sollozaba, mirando abajo, hacia el fondo del acantilado.

Pero, de pronto, a escasos centímetros de sus ojos, observó algo singular. ¡Vio moverse imperceptiblemente una espora, en el centro de un racimo que parecía formar parte de la roca!

Se fijó con más atención y hasta sacó la lente de su equipo, para aumentar la imagen. Hubo de fijarse bien para darse cuenta de que las finísimas púas que cubrían la espora se movían ligeramente, a medida

que se iban abriendo unas grietas irregulares. ¡Y las púas se iban extendiendo, surgiendo pequeños tentáculos oscuros, como si estuviese naciendo una nueva araña!

— ¡Joe! —gritó Corie—. ¡Algo ocurre! ¡Las esporas se están meciendo!

— ¿Qué dices?

— ¡Sí, lo estoy viendo! ¡Se abren y surgen nuevos tentáculos!

En la caleta, Joe levantó la cabeza para mirar hacia lo alto, en donde estaba su mujer.

Luego, sobrecogido, fue hacia el cable metálico y empezó a trepar por el acantilado.

En pocos momentos, se reunió con Corie y juntos examinaron las esporas que cubrían el suelo, a través de lentes de aumento. Efectivamente, algo anormal estaba sucediendo.

— Stevens ha dicho que busquemos la espora-madre, que debe de estar en esa caleta, entre la arena.

— No sabe lo que dice. Delira — contestó Corie.

— No lo sé... Pero su modo de hablarme. Voy a comunicar con el Instituto y averiguar lo que han decidido. Es mejor que regreses a tu blindado y te encierres dentro.

— Sí. Estoy impresionada — contestó Corie —. Será mejor esperar dentro del blindado.

Se separaron, regresando cada uno a su vehículo. Joe tuvo la precaución de frotarse el traje, antes de entrar, pero Corie, que había dejado las dos puertas abiertas, entró directamente, cerrando ambas compuertas. ¡Pero no se fijó que en su pierna algunas esporas se habían adherido al tejido de «Kodion»!

¡Y las esporas estaban abriéndose lentamente, ya prendidas a la recia tela, gracias a las finísimas púas de sus recién nacidos tentáculos!

Sin darse cuenta, Corie tenía varias docenas de esporas oscuras dentro de su blindado. Algunas continuaron prendidas al tejido, pero otras se desprendieron y cayeron al suelo del vehículo, donde continuaron agitándose, cobrando vida, formándose...

Y eran diferentes a las «antiforgas», eran de otra estructura distinta.

Mientras, abajo, en la caleta, Theo Stevens moría sin haber recobrado el conocimiento, a consecuencias de la caída. Su vida se sumergió en el silencio eterno y sus secretos murieron con él.

VII

Terrimarum era un pequeño mundo flotante dedicado al trabajo y la oración, con lo que el Obispo Matheo se proponía salvar el cuerpo y el alma de toda la comunidad. El trabajo consistía, principalmente, en la pesca de peces y algas, y era particularmente asombroso lo que aquellas personas podían hacer con tales elementos básicos.

Había también una planta de saladora de agua que estaba siendo ampliada para atender a las nuevas demandas. Y todo se hacía en las bodegas de los barcos que formaban el entramado de la población.

El conjunto de unidades navales allí inmovilizadas era considerable. Habían más de doscientos buques de todos tipos, incluyendo un buque de guerra encontrado a la deriva, con todo su material bélico, que había sido escondido convenientemente.

Yates y embarcaciones privadas era lo que más abundaba. Y había también barcos mercantes, uno de los cuales con muchas toneladas de trigo, que sirvió, durante años, para alimentar a la gente.

Por otra parte, la comisión de gobierno, presidida por el Obispo Matheo, había acordado desmantelar muchos de aquellos buques y formar los pontones, sobre los que se levantaba la disparatada población. Esto era para dar trabajo a las gentes, dado que el Obispo Matheo pensaba en la redención por medio del trabajo. Además los hombres y mujeres ocupados en diversas actividades no tenían mucho tiempo para pensar en las desdichas que asolaban al mundo.

Todos tenían en Terrimarum una ocupación u otra. Los mayores trabajaban y los pequeños asistían a los centros de enseñanza. Habían jóvenes, nacidos allí, que ya se estaban convirtiendo en hombres. Además, frecuentemente, llegaban nuevos emigrantes, huyendo de la terrible plaga que azotaba la Tierra.

Las personas que llegaban a Terrimarum pronto cambiaban en su forma de ser y de pensar, y una de las que más cambió fue Zafir Tell, pues encontró allí la felicidad más completa.

El mundo de la desdichada joven había sido siempre un mundo de terror y desventura; ahora lo era de dicha y felicidad. Madre de un hermoso bebé, esposa de un hombre bueno y sumiso, como era Adam, se desvivía por ambos, cuidando del pequeño y alentando al mayor en su tarea.

Adam Tell estaba en un buque hidrográfico, convertido en laboratorio biológico, auxiliado por varios jóvenes ávidos de conocimientos. Además Adam les enseñaba biología y bioquímica y experimentaban en el laboratorio.

Aquellos jóvenes le habían ayudado en sus investigaciones. Le alentaron siempre y en todo momento le prestaron su colaboración y apoyo. Aliento no faltó a Adam, pero el éxito le burló varias veces.

Un día, Adam estaba sentado detrás de su mesa. Ante él, en la cabina principal del buque-escuela, se sentaban una veintena de jóvenes alumnos, pendientes de su palabra, todos con plumas en la mano, para tomar notas.

Adam estaba diciendo:

— La plaga de «forgas» hizo que los biólogos se convirtieran en personas demasiado importantes. Esto fue un error de los gobiernos. Creían que sólo nosotros podríamos salvarles.

»Ocurrió asimismo que la plaga no se abatió de pronto, súbitamente, sino que se fue extendiendo poco a poco, paulatinamente, tomando mayor incremento durante los años... ¡Y ya hace más de cincuenta años que existe el peligro!

»Esto permitió intensificar los estudios biológicos, para tratar de encontrar expertos y científicos capaces de acabar con la temible plaga. Las gentes comprendieron que ser biólogo era una buena inversión. Pero no todos podían serlo. Y para ello se establecieron los grados intelectuales, que, a mi juicio, ha sido el error más grande en que haya caído jamás la Humanidad.

»Los jóvenes estudiantes eran sometidos a unas pruebas de madurez intelectual y los que daban el coeficiente más alto podían optar por los estudios biológicos, cuyos títulos eran los mejor pagados. Invariablemente, todo el que conseguía un título de licenciado en biología era considerado como un privilegiado.

»Yo fui uno de esos afortunados. Terminé mi carrera e ingresé automáticamente en el Instituto Biológico del estado de California. Mi sueldo era espléndido. Podía tener toda clase de lujos, un bonito apartamiento, que compartía con un amigo, y satisfacer todos mis caprichos, cosa que no les está permitida a los demás mortales que no han tenido la suerte de destacar.

»Esto es injusto a todas luces. Pero pronto me di cuenta de la terrible injusticia. Los biólogos no tenían interés en descubrir los medios para terminar con la plaga de «antiforgas». Y esto, que puede parecer horroroso, es una desoladora verdad.

»Sin duda, existen muchos jóvenes capaces de trabajar, aunando

esfuerzos, y conseguir algo positivo. Pero la mayoría se limita a vegetar, a investigar, a pedir altos presupuestos al estado, y a vivir cómodamente, deseando que la situación se prolongue lo más posible, para seguir ostentando los privilegios obtenidos.

»Si se descubriese el modo de acabar con la plaga de «antiforgas», estoy seguro de que el pueblo se volcaría sobre los que durante tantos años se han estado aprovechando de la situación.

»Ésta es la realidad. Por este motivo abandoné Los Ángeles y vine aquí, en busca de justicia y razón.

Un profundo silencio se hizo entre los alumnos cuando Adam terminó de hablar. Todos habían comprendido. El joven profesor no había podido ser más claro y directo.

Empero, Adam no había terminado. Bebió un poco de agua, del vaso que tenía ante él y luego miró al joven que estaba sentado en la primera fila, a la derecha.

— Gregor, nosotros no tenemos los medios que ellos disponen. Nos tenemos que valer de improvisaciones, recurriendo a métodos primitivos e improcedentes. Pero podemos conseguir algo. ¿Quieres ayudarme?

— Sí, profesor —contestó el joven, lleno de entusiasmo.

— ¿Y tú, René?

Adam miró a otro joven.

— De todo corazón, profesor.

Adam fue señalando uno por uno a todos sus alumnos, encontrando en ellos un entusiasmo prometedor.

— Gracias, amigos míos. Sabía que me diríais eso. Y me siento contento. Quiero proponeros que trabajemos todos en equipo. Yo aclararé vuestras dudas.

Cualquier sugerencia será válida, por absurda que sea.

»¡Ah, y otra cosa! Necesitamos ratas.

— En el «Nordik» hay ratas, profesor —exclamó un joven pecoso —. Lo están desguazando los de obras públicas. Podemos ir a buscarlas.

— Sí. Haremos jaulas y las tendremos en el laboratorio... Tú, Dilly, me ayudarás a repasar las fórmulas del suero. Hemos de empezar de nuevo en todo lo hecho. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —gritaron los jóvenes estudiantes.

* * *

Fue una labor ardua. Durante varias semanas, todo el equipo de jóvenes prestó su concurso a la tarea, de suerte que, en menos de un mes, Adam se encontró con seis muestras diferentes de suero.

Se clasificaron las cobayas y fueron inyectados con los distintos sueros, después de haber sido tratados los animales con las «antiforgas» traídas de Sudamérica.

Se emplearon ratas corrientes, porque eran los animales que más tenían, conservándose sus congéneres, los conejos de indias, para las pruebas decisivas.

Sin embargo, el éxito no compensó aquellos esfuerzos. Los seis sueros no dieron resultado. Era otro fracaso de Adam, quien, no obstante, no desesperó.

De regreso a su morada, en el puente de una embarcación, donde vivía con Zafir y su bebé, el desaliento que asomaba a su expresión, hizo exclamar a Zafir:

— ¡Por Dios, Adam; no te desesperes!

— Es inútil todo cuanto hacemos, Zafir. Esa fórmula no existe. Deberíamos intentar otro sistema... ¡Acabar con las «antiforgas»!

— ¿Sabes por qué mueren las ratas, Adam? — insistió Zafir, pretendiendo ayudar a su esposo.

— Claro que lo sé. Las «antiforgas» les clavan sus púas, transmitiéndoles un veneno desconocido, que no deja huella visible.

— Y ¿qué síntomas presentan las víctimas?

— Agudos cólicos, contracción intestinal y luego paralización del cerebro. El riego sanguíneo es el conducto por el que se transmite ese virus desconocido. Y yo creía tener la fórmula... ¡Estaba seguro de que sólo ese suero, extraído de la médula de las «antiforgas», podía inmunizar a las víctimas!

— ¿No estarás matándolas tú?

— No. Sólo pretendo contrarrestar los efectos del envenenamiento. Dilly me dijo que... —Adam se detuvo y miró fijamente a su esposa—. ¿Crees que yo puedo matar a las ratas, Zafir?

— No lo sé. Sabes que yo no entiendo de eso. Pero lo he dicho porque se me ha ocurrido que estás haciendo las cosas al revés. Inmunizando animales sanos, para ver sus efectos. Porque eso se ha hecho siempre así...

¿Y no puede ser de otra manera? Por ejemplo, primero crea la enfermedad y luego aplica el suero.

Adam miró fijamente a Zafir, sonriendo débilmente.

— Mi vacuna no mata a los conejos. Debe inmunizarlos... Mueren cuando las «antiforgas» han estado en contacto con ellos.

— Pues hazlo al revés. ¡Aplícales el suero, después de haber sido picados por las «antiforgas»!

Parecía una cosa tan ridícula que Adam estuvo a punto de echarse a reír. No lo hizo porque amaba profundamente a su mujer y no quería herirla en sus sentimientos.

Se sentó en un sillón y estuvo reflexionando durante un rato. Luego, de pronto, se levantó y exclamó, mirando a su mujer, que ponía la mesa y los cubiertos:

— Deja la comida, Zafir... Voy a probar lo que tú has dicho.

— Espera, Adam. Come primero.

— No puedo. Necesito comprobar inmediatamente la nueva idea que me has sugerido.

Antes de que Zafir pudiera replicar, Adam abandonó su alojamiento, descendiendo a cubierta y caminando aprisa por las pasarelas, hasta llegar al buque hidrográfico en donde estaba la escuela de biología. Y, casualmente, encontró en el laboratorio a dos alumnos, ensayando una fórmula química.

— Albert, Sam, dejad eso. Venid y ayudadme... Mi mujer me ha dado una idea que puede dar resultado.

Los dos alumnos se acercaron. Adam se puso los guantes de goma y tomó uno de los tubos de ensayo en donde guardaba los sueros.

— Hemos estado vacunando a los animales para inmunizarlos contra la virulencia de las «antiforgas». Ahora haremos otro procedimiento. Primero haremos que las «antiforgas» inyecten su virus... ¡Y luego procuraremos anular sus efectos, con el suero!

— ¿Cree usted que eso puede dar resultado?

— Se me ha ocurrido que sí y deseo comprobarlo.

Con la ayuda de sus dos discípulos, Adam puso tres ratas en contacto con las «antiforgas». Anotaron cuidadosamente el tiempo, la hora y los minutos de contacto. Luego esperaron.

A las tres horas, Adam inyectó el suero a la primera rata, a la que dejó aparte, en su jaula. A las seis horas inyectó a la segunda; y a las doce horas

inyectó a la tercera.

Durante aquel tiempo, llegaron más alumnos al laboratorio. Y también llegó Zafir, con unos emparedados para su esposo. Traía el pequeño Anthony en brazos y parecía muy preocupada.

— Debes comer algo, Adam —suplicó.

— Sí, querida. Comeré... Estoy poniendo en práctica tu idea, con científicas variaciones. Creo que un animal infectado puede ser inmunizado con el suero... ¡Y no me moveré de aquí hasta cerciorarme de ello!

Mientras esperaba el resultado de su prueba, Adam comió unos emparedados y conversó con sus alumnos, a los cuales despidió al anochecer, quedándose en compañía de Albert, Sam y Dilly. Zafir se marchó también, después de comprobar que ninguna de las tres ratas daba síntomas de inquietud.

A medida que iban transcurriendo las horas, Adam y sus ayudantes empezaron a ponerse nerviosos. Las ratas no daban indicios de malestar y comían y se movían con naturalidad, dentro de sus jaulas.

La noticia se extendió fuera del buque hidrográfico y pronto empezaron a llegar gentes a interesarse por el experimento. Adam hubo de rogarles que se fueran y no les molestasen. Estaban demasiado impacientes, y nerviosos para atender a la curiosidad de los demás.

Pero la noticia llegó a oídos del Obispo Matheo, quien decidió ir a ver a Adam.

Éste le recibió en la cubierta del buque-escuela.

— Me han dicho que habéis descubierto un antídoto contra las picaduras de «antiforga». ¿Es cierto, hijo?

— No lo sé, padre — replicó Adam—. Todavía estamos experimentando. Puede que vayamos por buen camino y puede que estemos equivocados. Le ruego que tenga paciencia. Cuando sepa algo definitivo ya se lo comunicaré.

— ¿Puedo ver lo que estáis haciendo?

— Sí, naturalmente. Pase, padre.

El anciano obispo penetró en el laboratorio, donde fue saludado por los tres ayudantes de Adam, quienes le mostraron las ratas inyectadas y le dieron toda clase de explicaciones.

— Ésta lleva casi veinte horas sin dar muestras de dolor — dijo Adam —. Fue vacunada tres horas después de haber estado en contacto con las «antiforgas». Normalmente, a las doce horas ya dan muestras de inquietud.

El Obispo no replicó, por el momento. Luego musitó:

— Sería glorioso que de Terrimarum saliera la salvación de la Humanidad, hijo. Se lo pediré a Dios con toda mi fe.

— Con la ayuda de Él, lo conseguiremos, padre.

Al marcharse el Obispo, Adam reunió a sus alumnos y les ordenó que se situasen en la cubierta del buque para no dejar entrar a nadie más.

— Necesitamos tranquilidad en el laboratorio. Vuestra ayuda consistirá en proporcionárnosla.

Adam regresó al laboratorio, donde Dilly le dijo, tristemente:

— La primera rata empieza a dar muestras de desasosiego... Parece ser que la reacción se ha producido algo tarde.

Adam se acercó a la jaula del primer animalito y vio, que en efecto, presentaba todos los síntomas de estar atacado ya por el veneno. Aquello sólo significaba un nuevo fracaso.

Y, cuando una hora después, la rata se estremeció y cayó sobre el piso de su jaula, todas las esperanzas de Adam se desvanecieron. Fue entonces cuando dio media vuelta y abandonó el laboratorio, sin pronunciar palabra, para regresar lentamente a su alojamiento y tenderse a descansar.

* * *

Le despertaron bruscamente. Dilly y Sam estaban ante él, excitados. Zafir también estaba allí.

— ¡No han muerto, profesor! — gritaba Dilly —. ¡Las ratas viven! ¡Las tres! Sólo la primera tuvo un desvanecimiento, pero se recuperó en pocas horas. Ahora se mueve como si nada hubiese ocurrido. Hemos triunfado, profesor.

Adam parpadeó, mirando a su mujer y a sus discípulos. Sólo pudo balbucear:

— ¿Qué...? ¿Cómo es posible?

— Dios está con nosotros, profesor Tell — añadió Sam —. Nos ha tendido una mano.

— Levántate, Adam — exigió Zafir —. Tienes que ir al laboratorio.

Adam se levantó de un salto. Estaba desnudo, pero a nadie le importó verle de aquel modo. Le ayudaron a ponerse el ropaje gris y las sandalias, y salieron todos de allí, para dirigirse al laboratorio.

Los alumnos estaban congregados en el aula, excitados y alborotadores. También habían personas que acudieron a enterarse del «milagro».

Sin distinciones, Adam les ordenó salir a todos y, seguido de Dilly y Sam, penetraron en el laboratorio, donde estaba Albert, radiante de alegría.

— ¡Felicidades, maestro! —exclamó el joven Albert—. El éxito ha sido rotundo.

— No cantemos todavía victoria — replicó Adam —. Necesitamos repetir la experiencia con los conejos de indias... ¡Y luego falta hacer la prueba con seres humanos!

— No le faltarán voluntarios, maestro — dijo Dilly—. Todos estamos dispuestos a someternos a la prueba.

Adam miró con profundo respeto a Dilly.

— ¿Todos?

— Sí, a ojos cerrados, sin vacilar. Estamos colaborando por el bien del a humanidad.

Adam abrazó a Dilly y las lágrimas asomaron a sus ojos.

— Todavía hay personas que justifican nuestros esfuerzos... La humanidad se merece este sacrificio, hijos míos.

En los días que siguieron, realizadas nuevas pruebas, Adam se convenció de que su suero era un hallazgo y que inmunizaba a los animales atacados por las «antiforgas», una vez hubiesen sido picados por éstas.

Incluso se estableció un período de inmunidad absoluta que abarcaba desde las seis y las doce horas después de haber sido picado por las «antiforgas». Durante este período, el paciente no sufría ni siquiera trastornos.

Pero los animales que fueron inyectados después de doce o quince horas todos murieron.

Adam pudo resumir al obispo Matheo su descubrimiento, diciendo:

— Mi vacuna es útil para aquellos individuos que han sido atacados por las «antiforgas», siempre que se les inyecte antes de doce horas después de haber sido atacados. Más tarde, no causaría efecto alguno. ¡Aplicada como vacuna, antes de la picadura, también produce la muerte!

— Esta noticia debemos divulgarla al mundo, hijo mío —contestó el Obispo Matheo, gravemente—. Hay mucha gente que puede ser salvada y si no anunciamos su descubrimiento, Dios no nos lo perdonaría.

— Sí, padre — asintió Adam.

— Eso significa que debes regresar a los Estados Unidos.

VIII

Las inquietudes de los dos únicos exploradores que habían quedado en la expedición no habían hecho más que empezar. Corie Wolfach ya estaba arrepentida de su ambición. Odiaba el dinero que iban a percibir por su peligroso trabajo y hasta odiaba el bonito alojamiento que tenían intención de comprar en la ciudad polar de «Antartic».

Y todo porque Theo Stevens había muerto.

Esto lo supo Corie cuando su esposo se lo comunicó por radio, poco después, al descender a la caleta.

Joe también informó al Instituto de la muerte de Stevens y recibió instrucciones de sepultar a su compañero. Sin embargo, no habló de las últimas palabras de Stevens.

— Es inútil que arriesguemos una tripulación naval o aérea para ir a rescatar un cadáver, señor Wolfach — le dijeron —. Proceda usted a su inhumación y continúe su investigación. Nos interesa sobremanera todo lo que pueda decirnos acerca de esa nueva especie de esporas que han descubierto.

— De acuerdo —asintió Joe—. Yo me encargaré personalmente de todo. Pero he decidido que mi esposa permanezca dentro de su vivienda blindada. Yo realizaré su trabajo.

— Arréglense como puedan, pero ténganos informados. Y, por lo que más quiera, no corran riesgos innecesarios. Estimamos que deberían abandonar ese paraje inmediatamente.

— Lo tendré en cuenta, señor.

Al cerrar la comunicación, Joe llamó a Corie:

— ¿Has oído, Corie?

— Sí. Y no me hace gracia que seas tú quien lleve todo el peso del trabajo.

— No es trabajo, querida. Daré sepultura a Theo y luego examinaré las esporas. No pienso hacer nada más. Pediré permiso para regresar a la civilización. Creo que aquí no podemos hacer nada más.

— Sí, me parece muy bien.

— Y, por lo que más quieras, ¡no te muevas de ahí!

— Haré lo que tú digas, Joe.

Una vez cerrada la comunicación a través del «imasoni», Joe salió de su blindado y se dirigió al borde del acantilado. La tarde estaba cayendo y debía darse prisa para dar sepultura a Stevens. Iba provisto de una pala plegable, que se prendió de su cintura, para descender por el cable.

Llegó abajo, sin novedad, y se puso a practicar un agujero en la arena, cerca de donde estaba tendido el cadáver de Stevens. Ocurrió, empero, que a escasos centímetros, encontró una roca. Frunció el ceño. Le iba a ser imposible enterrar allí a su compañero. Necesitaba un lugar donde pudiese ahondar más la arena, para cubrirle correctamente.

Al mirar en derredor, se fijó en un sitio, cerca de donde rompían las olas. Allí podría cavar más hondo. Antes, decidió hacer una prueba y hundió la pala en la húmeda y fina arena.

Al sacar la herramienta cargada de arena recordó las últimas palabras de Stevens: «Éste es el sitio, Joe... Buscad bien por aquí... La espora-madre ha debido crecer... ¡Es radio lo que lleva dentro!... ¡Radio que emite ondas!»

Estas palabras repercutían en la mente de Joe, de modo insistente e inquietante, como si el muerto continuase transmitiéndole su mensaje importante.

El terreno elegido por Joe era blando. Ya el crepúsculo se iba extendiendo. Por este motivo, Joe decidió darse prisa en su trabajo y regresar cuanto antes a lo alto del acantilado.

Hundió la pala en la arena y... ¡Vio relucir algo entre la arena húmeda!

Se quedó inmóvil, con la pala en la mano, mirando fijamente al objeto fosforescente que la casualidad acababa de poner ante sus ojos.

Era como una perla que irradiaba luz fosforescente y azul. Algo nunca visto anteriormente. Y las palabras de Theo Stevens repercutieron una vez más en su memoria: «¡Es radio lo que lleva dentro!»

Un cuerpo fosforescente desenterrado de la arena.

Joe fue a tomarlo, sosteniendo la pala con la mano izquierda, pero sintió una vibración en su cuerpo, como un calambre, que le dejó como paralizado.

Sólo pudo arrojar al suelo la pala y retroceder unos pasos. Luego sintió que se le nublaba la vista y que el suelo ascendía hacia él.

— Corie, por favor, ayúdame... Me caí...

No pudo decir más. Se desplomó sobre la arena, quedando sin sentido.

Corie, arriba, en el vehículo blindado, oyó su mensaje y gritó angustiada y desesperada, para abrir la compuerta y salir precipitadamente al exterior.

Allá abajo, ya entre sombras, Corie vio el cuerpo de Joe tendido a pocos pasos de donde había estado haciendo la zanja. Gritó, llena de indecible angustia, y se agarró al cable anillado, para descender hacia la caleta.

Algo le había sucedido a Joe y no podía ser nada bueno. Tenía que ayudarle y eso fue lo que hizo. En pocos minutos, la joven estuvo al lado de su esposo, arrodillada, sin poder tomarle el pulso ni saber si latía su corazón, por mucho que abrió la válvula del amplificador.

Luego, sin saber exactamente lo que hacía, levantó a Joe e hizo un esfuerzo para echárselo al hombro.

Tenía que llevarle a lo alto del acantilado. Era preciso sacarle de allí a todo trance. Pero Joe pesaba bastante y Corie no era precisamente una atleta. Debía sujetarle sobre sus hombros y trepar por el cable.

Esto no sería fácil y Corie temió no poder realizarlo. No podría resistir el esfuerzo y podía caer, junto con Joe, al que llevó al pie mismo del acantilado.

— ¡Dios mío! ¿Qué hago?... ¡Ni siquiera sé lo que tiene!

Se le ocurrió, de pronto, que podía subir a la vivienda-blindada y pedir socorro por radio. En cinco o seis horas, un equipo de salvamento podía llegar hasta ellos y rescatarles. Esto era lo más sensato y decidió no perder tiempo en llevarlo a cabo.

Dejó a Joe donde estaba y volvió a subir por el cable anillado, hasta alcanzar la cima. Corrió hacia su blindado y tropezó en el desigual terreno, cayendo de bruces y golpeándose con el casco en tierra, consecuencias de lo cual fue la rotura del cristal, que, aunque fuerte, no resistió el golpetazo.

Corie chilló, aterrada, al sentir un pinchazo en la nariz, que consideró producido por el cristal.

Entonces perdió la cabeza. El miedo medio paralizó su cerebro. Mil visiones dantescas la saltaron, creyendo en todas que las «antiforgas» le habían clavado sus aguijones.

Chilló desesperadamente, levantándose. Sin saber lo que hacía, desenroscó las bridas del casco inservible y se lo quitó, tirándolo al suelo. Luego se dirigió a su vehículo y penetró en su interior, cerrando ambas puertas.

Jadeaba, sudaba, temblaba. El pánico era horrendo y no la dejaba coordinar sus ideas.

Se tentó el rostro con los guantes y volvió a sentir varios insignificantes pinchazos, como si le hubiese picado algún mosquito. Entonces comprendió la terrible verdad.

Ella misma se estaba inoculando el veneno de las muchas esporas que tenía en los guantes.

La muerte se le presentó entonces como una visión espantosa. Se convenció que iba a morir antes de veinticuatro horas y que su agonía sería horrible. Había cometido muchas imprudencias seguidas y todo por su ansiedad a causa del estado de Joe.

Pensó en él y la calma volvió a su mente.

— ¡Joe! —exclamó—. ¡Voy a morir! He sido una necia... Pero tengo que hacer algo por ti... ¡Debo ayudarte, Joe!

Su mano no temblaba cuando conectó la radio y efectuó la llamada al Instituto Biológico de Baltimore.

— Por favor, escuchen... Les habla Corie Wolfach. Ha sucedido algo terrible. Estoy segura de que voy a morir... ¿Me oyen? ¿Pueden avisar al señor Berme? ¡He caído y mi casco se ha roto! ¡Las nuevas esporas me han picado! ¡Mi esposo está sin conocimiento al pie del acantilado!

»¡Por favor, vengan a socorrernos cuanto antes!

No pudo seguir hablando. La intensa emoción que la dominaba pareció estallar y se desplomó desmayadamente sobre el asiento, dejando la radio funcionando.

No pudo, por tanto, escuchar la voz del operador, diciendo:

— He captado su mensaje, señora Wolfach. Se lo comunicaremos inmediatamente al señor Berme.

* * *

Cinco horas después, un avión flotante se posaba sobre las aguas del Atlántico, frente a la caleta donde había ocurrido la tragedia. Dos potentes focos de luz blanca registraron las aguas, hasta encontrar los cuerpos que yacían sobre la arena.

Inmediatamente, fue botada una lancha que se acercó a la orilla, de la que descendieron cuatro hombres. Todos llevaban trajes de «Kodion» y se movían con lentitud. Pero parecían saber lo que hacían, porque uno de ellos se acercó al cable anillado y empezó a trepar, mientras los otros levantaban el cuerpo de Theo Stevens y lo llevaban hacia la lancha.

Luego volvieron y recogieron el de Joe Wolfach.

El hombre que subió por el acantilado llevaba una potente linterna. Se acercó con prudencia al vehículo blindado perteneciente a Corie Wolfach y abrió la compuerta exterior. Entró en la cabina y luego abrió la otra puerta, hasta descubrir a Corie tendida sobre el asiento. El hombre movió la cabeza repetidas veces, al ver a la mujer, y la levantó en brazos, sacándola de allí.

Fuera, cargó el cuerpo de Corie al hombro y, empuñando la linterna, desando el camino hasta el borde del acantilado, donde dejó la lámpara en el suelo para agarrarse al cable anillado.

Debía tratarse de un hombre fuerte y ágil, porque, con una sola mano, ya que la otra la empleaba para sujetar a Corie, se fue deslizando lentamente por el cable, apoyando primero los pies en las anillas y dejando resbalar la mano por su asidero.

Con algunos golpes contra las rocas, el hombre alcanzó la arena, donde estaban esperándole sus compañeros, que le descargaron del cuerpo de Corie, para llevarla hacia la lancha.

Otro individuo habló entonces al hombre que había descendido a Corie:

— Teniente, he encontrado una bola que irradia luz. Está junto a donde Joe Wolfach estaba haciendo el hoyo para enterrar a su compañero.

Sin responder, el hombre se acercó al sitio indicado por el otro. Al inclinarse a recoger la pequeña bola fosforescente, sintió un leve aturdimiento. Pero retrocedió vivamente.

— No toques eso, Jack — dijo —. Creo que despide radiaciones peligrosas... Vámonos de aquí.

Al oficial le ocurrió exactamente igual que a Joe. Caminó unos pasos y luego se tambaleó, desplomándose. Hubiese caído al suelo si su subalterno no le sujeta, y grita llamando a los otros.

— ¡Venid, al teniente le ocurre algo!

Los que estaban en la lancha se acercaron a la carrera, levantaron al oficial y se lo llevaron.

— ¿Qué ha sido? — preguntó uno de ellos, al llamado Jack.

—No lo sé... Quizá fuese ese garbanzo luminoso. Yo lo vi y se lo dije. Él se acercó y lo examinó. Me dijo que despide radiaciones.

— ¡Es raro que no te haya causado a ti el mismo efecto!

— Yo no me acerqué tanto como él. Confieso que tengo un miedo terrible.

Subieron a la lancha y regresaron rápidamente al avión-flotante, donde

los recogieron, haciéndolos pasar por una cabina colocada al efecto, de elevada temperatura. Luego salieron todos ellos y se despojaron de sus trajes de «Kodion», haciendo lo mismo con Stevens, Corie y Joe.

Mientras el reactor se deslizaba sobre las aguas, para regresar a su base, varios médicos y biólogos examinaron a los inconscientes. Se supo que Theo Stevens estaba muerto, pero los otros, incluyendo al oficial del aire, sólo estaban sin sentido.

Este examen se realizó tomando toda clase de precauciones, especialmente con Corie, a la que tocaron con guantes de goma y con pinzas. Y el diagnóstico del médico y del biólogo fue tajante:

— Esta mujer está contaminada de veneno «antiforga»... ¡Morirá mañana mismo!

* * *

Como se hacía con todas las personas atacadas por las «antiforgas», Corie fue encerrada en una cámara aislada, en cuanto llegaron a la base aérea, donde les esperaban varios biólogos del Instituto Central, al frente de los que estaba el doctor Berme, jefe de coordinación de la expedición, quien dispuso que el cadáver de Stevens fuese llevado al crematorio sin pérdida de tiempo.

Mientras varios médicos trataban de reanimar a Joe Wolfach y al teniente Eyre. El subalterno Jack Clark fue interrogado acerca de lo sucedido a su superior, cuyos síntomas eran idénticos a los de Joe Wolfach, para ver si lograban aclarar las causas de su desvanecimiento.

Jack habló de algo parecido a una perla, que irradiaba luz y que el teniente Eyre había examinado de cerca, para luego caer sin sentido.

— Dijo que el objeto despedía radiaciones peligrosas.

Esto constituyó una revelación para los médicos que, reunidos en conferencia, decidieron someter a los pacientes a un tratamiento «antirradium», para lo cual fueron trasladados inmediatamente al hospital general de la población más próxima, donde existía una «campana de absorción radioactiva».

Fue una medida acertada, porque Joe Wolfach, sometido a tratamiento el primero, recobró el sentido en pocos minutos.

Berme, que estaba allí cuando le sacaron de la «campana», le preguntó:

— ¿Qué le sucedió, Wolfach?

Joe miró estúpidamente al otro y luego en derredor, hacia las enfermeras y médicos que le rodeaban.

— ¿Cómo he venido hasta aquí? —preguntó.

— Su mujer nos envió una llamada de socorro y fuimos a rescatarles.

— ¿Corie? ¿Dónde está?

— Lo siento, Wolfach. Pero su esposa sufrió un accidente.

— ¿Qué le ha sucedido? — preguntó Joe, alarmado.

— Está... Bueno, creo que fue atacada por las «anti...»

— ¡No! —gritó Joe, desgarradoramente, incorporándose en la camilla rodante— ¡No, eso no puede ser! ¡Es imposible...!

— Debió caer y se le rompió la escafandra...

Anonadado ante aquella terrible noticia, Joe se revolvió desesperadamente en la camilla y fue necesario reducirle por fuerza y llevarle a una salita, donde se le inyectó un calmante que le hizo dormir.

Hubo de ser el teniente Eyre quien diera la noticia acerca de lo ocurrido, cuando se recobró, poco después:

— Jack Clark me anunció haber visto brillar algo en el suelo. Yo me acerqué a examinarlo y comprobé que se trataba de una bolita que despedía radiaciones. Intuí el peligro y retrocedí, pero ya era tarde.

— Y ¿cómo es que a Jack no le ocurrió nada?

— Estaba situado detrás de mí. No puedo decirles nada más.

El biólogo Berme hizo una serie de preguntas a Eyre, grabando la conversación en una cinta magnetoscópica y al terminar dio las gracias al oficial aéreo, para despedirse.

Y no había hecho más que salir de la salita de Eyre, cuando el director del hospital le llamó, diciéndole:

— Señor Berme, le llaman urgentemente desde el Instituto Biológico Central. Es el director Werrem.

— ¡Oh, sí! ¿Dónde?

— Venga a mi despacho, por favor.

Berme se dirigió al despacho del director del hospital, donde le aguardaba una noticia impresionante y fantástica, que le comunicó su jefe con voz extremadamente alterada.

— ¡Déjelo usted todo y regrese inmediatamente, Berme! — casi gritó el director Werrem al ver a Berme en el «imasoni».

— Pero ¿qué ocurre, señor?

— Algo increíble. Tenemos aquí a un biólogo, procedente de Terrimarum, que ha descubierto un antídoto contra el veneno de las «antiforgas». Trae el suero y a varios testigos.

— ¿Es eso cierto, señor? —preguntó Berme, incrédulo.

— No lo sé. Pero si es cierto, algo grave va a suceder. Necesitamos a alguien que haya sido atacado por «antiforgas», o de lo contrario, estos hombres están dispuestos a dejarse picar por los animales-plantas.

— ¡Yo tengo a una persona atacada por «antiforgas»! — exclamó Berme—. Se trata de la licenciada Corie Wolfach. Si eso que dice usted fuese cierto...

— ¡Tráigala para acá inmediatamente!

— ¿Quién es el individuo que dice haber descubierto ese antídoto?

— Un biólogo que desertó de Los Ángeles hace poco más de un año, llamado Adam Tell.

— No le conozco. ¿Han averiguado algo sobre él?

— Hemos pedido informes urgentes. He tenido que levantarme de la cama para escucharle... Venga usted pronto, Berme. He ordenado reunión de jefes de coordinación. Creo que el caso lo requiere.

— De acuerdo, señor. Estaré ahí dentro de una hora.

El director del hospital, que también había escuchado la conversación, hubo de cerrar el contacto del «imasoni», porque Berme salió precipitadamente del despacho, sin atender a su llamada.

Como una centella, Berme salió al exterior, donde le aguardaba su helicóptero, y ordenó al piloto regresar inmediatamente a la base aérea. Por teléfono solicitó un avión-ambulancia al jefe de la base.

— Le ruego que lleven al aparato a la licenciada Corie Wolfach, para su inmediato traslado a Baltimore. No debemos perder ni un solo instante. Llegaré ahí dentro de unos minutos.

— Así se hará, señor Berme... Ah, pero me han comunicado que la señora Wolfach ha recobrado el sentido y está prestando declaración. Ya sabe que fue atacada por la nueva especie de esporas «forgas».

— Que se dejen ahora de declaraciones, general Kuip. Si hay tiempo, ya las haremos después. Ahora interesa llegar cuanto antes a Baltimore.

— Sí, doctor.

Cuando el helicóptero de Berme se posó en la pista de la base aérea un

reactor-ambulancia ya esperaba, a punto de partir. Berme se trasladó a él, encontrándose allí a dos médicos militares que acompañaban a una pálida Corie Wolfach.

Se acercó y la saludó, diciendo:

— Acabo de dejar a su esposo en buen estado.

El semblante de Corie se animó:

— ¡Joe! — exclamó —. ¿Cómo está?

— Bien. Ha sido tratado con una campana anti-radiactiva y se encuentra fuera de peligro.

— Pobre Joe... Es mejor que no me vea. Se moriría de pena... ¡Qué desgracia, señor Berme, saber que voy a morir en plena juventud!

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Corie.

Berme le puso una mano en el hombro y dijo:

— Tal vez no, señora Wolfach. Vamos con toda urgencia a Baltimore, donde un biólogo ha descubierto un antídoto contra el veneno «forga». No puedo decirle más, pero si fuese cierto...

Corie abrió inmensamente los ojos.

— ¿Qué dice usted? ¡No me mienta, por caridad!

— Me han llamado urgentemente para darme la noticia. Me han dicho que su descubridor está dispuesto a inocularse el veneno para demostrar la eficacia del suero.

— ¿Quién es ese hombre? —preguntó Corie, sintiendo que su corazón latía desacompasadamente.

— Puede que usted le conozca. Era biólogo en el Instituto Biológico de California. Desertó el año pasado y...

— ¡Adam Tell! —gritó Corie.

— Sí, ése es su nombre.

— ¿Dónde estaba?

— En la población flotante de Terrimarum.

IX

Adam Tell cambió de expresión al abrirse la puerta y aparecer el doctor Berme, seguido de Corie Wolfach. Una mujer destrozada por el dolor.

— Corie — musitó Adam, atónito.

A su lado estaban sus alumnos Sam, Albert y Dilly, todos con sus deteriorados ropones grises, desentonando poderosamente en el lujo casi ofensivo del despacho del Director Werrem, quien estaba conversando con el Presidente del Gobierno, nada menos, a través del «imasoni».

— ¿Es posible que seas tú, Adam? —exclamó la mujer, acercándose a Adam y tocándole las manos y el rostro,

— ¿Qué haces tú aquí, Corie?

— Fui atacada por las nuevas esporas de «forgas», Adam... Me han dicho que has descubierto...

— ¿Tú atacada? ¿Cómo?

— Estábamos realizando una exploración en Brasil... Te lo contaré todo luego. Yo tengo fe en ti, Adam... ¡Si tengo salvación, hazlo por mí y por Joe!

— ¿Y Joe? — preguntó Adam.

— Estaba conmigo. Pero ha quedado en el hospital. Debió de afectarle mucho la noticia de mi estado.

— ¿Cuándo fuiste atacada, Corie?

Berme respondió por ella.

— Ahora van a cumplirse ocho horas.

— Es más que suficiente. Dilly, dame el suero.

El director Werrem se había puesto en pie y estaba volviendo hacia el grupo la pantalla de su «imasoni», para que el Presidente Killamy pudiera ver el grupo que había en el despacho.

— Fíjese usted en los ropajes de monjes que llevan — decía Werrem.

— Si lo que dicen es cierto, habremos de creer en milagros, Director Werrem — dijo el Presidente.

Ajeno a todo lo demás, Adam hizo sentar a Corie en una butaca. Dilly

había preparado ya la hipodérmica y Sam agitaba el tubo de cristal donde se encontraba el suero.

Adam sonreía al decir:

— Es casualidad increíble que me fuese del mundo civilizado por ti, y a mi vuelta seas tú la primera persona a la que voy a salvar la vida.

— ¡No es casualidad, Adam; es providencial! ¿Tienes fe en tu descubrimiento?

— Lo hemos experimentado infinidad de veces. Estos muchachos lo saben... Incluso Dilly se aplicó una «antiforga» al brazo hace varios días y está vivo.

— No sentirá usted nada, señorita — dijo Dilly.

— Soy señora.

Con la hipodérmica en la mano, gravemente, Adam preguntó:

— ¿Te casaste?

— Sí, con Joe.

— Te felicito, Corie. Joe es un buen muchacho. Yo también estoy casado y tengo un hermoso bebé de dos meses y medio.

— ¡Oh, Adam! ¿De veras? ¿Con quién te has casado?

— Con una mujer muy buena que me hizo comprender muchas verdades. Tendré el gusto en presentártela pronto. Ha quedado en Terrimarum... A ver tu brazo, Corie.

Con habilidad, Adam tomó el brazo de Corie y le hundió la aguja, inyectándola lentamente el suero. Luego, de un tirón, extrajo la hipodérmica y dijo:

— Estás salvada, Corie. Dios me ha guiado hasta aquí, en este momento crucial, para devolverte la vida.

Había tal solemnidad en las palabras de Adam, que Corie cayó de rodillas a sus pies y se abrazó a él, llorando intensamente.

— Gracias, Adam... Gracias de todo corazón... ¡Y perdóname si te he causado algún daño involuntariamente!

Él se apresuró a levantarla y la miró fijamente a los ojos.

— No tienes que pedirme perdón por nada. Soy yo quien debe darte las gracias a ti, Corie, por haberme dejado aquel día sin mi amigo. Gracias a eso conocí a Zafir, con la que me fui hacia Terrimarum. Allí encontré gente buena que me ayudó en mi trabajo.

»Éste es el fruto de mi esfuerzo, de mi vida, de todo cuanto el Señor ha

puesto en mis manos para bien de la humanidad.

Todos los que escucharon estas palabras se emocionaron profundamente. Incluso el Director Werrem comprendió que estaba ante un elegido de Dios.

Y el Presidente Killamy dijo:

— Quiero hablar personalmente con ese hombre, Director Werrem. Haga que sea conducido a mi presencia sin tardanza.

* * *

La prueba que Adam Tell realizó en presencia del Presidente Killamy, una hora después, aparte de ser terrorífica, fue convincente.

Él mismo introdujo la mano en un frasco lleno de «antiforgas» y se dejó clavar varios centenares de agujas e insignificantes púas, sin dejar de sonreír.

— Después de seis u ocho horas, yo mismo me inyectaré y no me ocurrirá nada, señor Presidente.

Pálido de terror, sin haberse repuesto de la impresión, el Presidente musitó:

— No necesito más prueba, señor Tell. Me ha convencido usted... No tengo más remedio que reconocer sus relevantes méritos. Haré que le recompensen como se merece.

— Perdón, señor — se apresuró a decir Adam —. Rechazo toda recompensa. Sólo deseo volver a Terrimarum, con mis hermanos.

— Pero usted ha salvado a la humanidad.

— No lo creo, señor. Esta fórmula sólo salvará algunos centenares de seres que, por accidente, sean atacados por las «antiforgas». Nada más. Y si he salvado a Corie Wolfach, me doy por satisfecho.

»No olvide que la plaga de «antiforgas» todavía existe. Hacia eso deben los biólogos dedicar su esfuerzo, pero no como lo han hecho hasta ahora, sino con auténtico interés, de corazón, sin pensar en beneficios personales.

»Creo que si los biólogos de todo el mundo no hubiesen sido tan mimados y bien pagados, la plaga ya se habría extinguido hace años.

— ¿Por qué dice usted eso, señor Tell? — preguntó uno de los secretarios de estado —. ¿Está acusando de sabotaje a la biología?

— Casi, casi, señor. Ésa fue la razón de mi deserción del Instituto

Biológico de California. Me sentí ofendido cuando una mujer del pueblo me dijo lo que opinaba de mí.

»Y yo sabía que era cierto. No podíamos hacer nada, porque no nos dejaban. Si yo hubiese descubierto el suero en Los Ángeles, quizá no me habrían dejado comunicarlo.

»Pero el sabio Obispo Matheo consideró conveniente radiar la noticia antes de mi llegada. Y ahora todo el mundo sabe que existe un remedio para combatir esa terrible enfermedad producida por el veneno de las «forgas».

— Haré investigar cuanto usted me ha dicho, señor Tell.

— Prefiero más que me llame usted Hermano Adam, señor presidente —dijo Adam con soberbia humildad—. Soy un fiel seguidor de Dios, y su más humilde siervo.

* * *

Como consecuencias de las declaraciones de Joe Wolfach y del teniente Eyre, las autoridades convinieron en enviar una astronave a la Bahía de Sâo José y recoger la «espora-madre» por medio de una pinza articulada, meterla en una fuerte caja de plomo y llevarla hasta el planeta Mercurio, para dejarla caer allí en uno de sus numerosos lagos de lava hirviente.

Realizaron esta operación un grupo de técnicos unos días después de los sucesos narrados, partiendo inmediatamente la astronave hacia el espacio sideral.

Inmediatamente, los observadores situados en las murallas térmicas de todo el mundo comunicaron cierto movimiento de regresión en las «antiforgas» que pugnaban por franquear los baluartes.

El mundo entero, pendiente de aquellas noticias, acogió con júbilo los primeros comunicados oficiales. De África, por ejemplo, se dijo que los animales-plantas se retiraban, como desorientados.

Los naturalistas americanos observaron, además, que muchos tallos «forgas» languidecían rápidamente y las esporas se abrían, quedando las arañas como aletargadas. Había un repliegue general en todos los lugares del mundo.

Esto hizo suponer que, sin el «aliento» radioactivo que les daba vida, las «antiforgas» estaban destinadas a desaparecer, como así parecía ocurrir, cuando los lanzallamas exterminaban billones de aquellos repelentes bichos y no se volvían a reproducir.

A los pocos meses se pudo asegurar, sin temor a dudas, que el peligro había sido conjurado, dado que las vanguardias de «antiforgas» estaban prácticamente aniquiladas en todo el mundo.

Las noticias eran cada vez más alentadoras y alegres. Aun se produjeron bastantes casos de picaduras venenosas, especialmente en personas dejadas llevar por el júbilo y esto ocasionó algunas víctimas, porque los sueros antivenenosos no pudieron administrarse a tiempo.

Sin embargo, la plaga estaba vencida en toda la Tierra y el mérito se les atribuyó a dos hombres y a una mujer:

Corie Wolfach, su esposo y Adam Tell.

* * *

La comunidad religiosa de Terrimarum creció de modo inusitado en poco tiempo. Los gobiernos convinieron en ayudar al Obispo Matheo, porque de aquel modo se ganaba un espacioso lugar al océano, y, dado el constante crecimiento de la población humana, era conveniente utilizar todos los medios de expansión.

En pocos años, Terrimarum llegó a tener una población de veinte millones de habitantes. Llegaron técnicos e ingenieros y construyeron grandes pontones, convenientemente lastrados con boyas de profundidad, para dar mayor estabilidad a la superficie, sobre la cual se alzaron pronto elevados edificios de acero y cemento.

Y en su centro, junto al palacio arzobispal, se construyó la más grande Universidad del mundo, que estaría dirigida por dos hombres y a la que asistían más de treinta mil alumnos de todas las ramas del saber.

Los dos directores fueron Joe y Adam, que vivían con sus familias en el mismo centro docente.

El tiempo transcurrió, pero no era fácil olvidar la invasión que sufrió la humanidad. Y de ello hablaban con frecuencia los dos antiguos amigos y sus familiares.

Una noche, durante una cena íntima, Corie extendió la mano hacia el brazo de Adam, que ya no vestía su viejo ropón gris, sino una túnica moderna, y le dijo:

— No puedes hacerte una idea de lo que significa saber que una está condenada a morir.

— Lo imagino, querida Corie — respondió Adam, con una sonrisa cordial—. A ti lo que te faltó en aquel instante fue la resignación cristiana.

Tu terror no habría existido.

— Sí, tal vez tengas razón — admitió Corie —. Pero yo me encontraba verdaderamente desesperada, al ignorar lo que acontecía a Joe.

— Cada vez que pienso en aquello, más me afianzo en mi creencia de un milagro —intervino Joe Wolfach, mirando alternativamente a su esposa y a Adam—. Hay muchas cosas que no comprendo. En primer lugar, ¿cómo sabía Theo Stevens que existía la espora-madre? ¿Qué le indicó que se encontraba en aquel lugar? ¿Qué hubiese ocurrido con las nuevas esporas que descubrimos en las proximidades de la caleta?

— Stevens tuvo una premonición. Anticipó la verdad, la intuyó o... le fue revelada.

— ¿Le fue revelada la verdad? —se extrañó Corie ante el aserto de Adam.

— No me extrañaría. Zafir os puede decir lo que sucedió con el suero. Fue ella, que ignora totalmente el proceso biológico de una «antiforga», la que me sugirió la exacta aplicación del suero.

— Sí, así fue — admitió Zafir, bajando humildemente la cabeza.

— ¿Y de dónde te vino la ocurrencia? —preguntó Joe.

— No lo sé. Se me ocurrió de pronto, al ver a Adam tan desalentado.

— Yo he pensado mucho en esas inspiraciones — añadió Adam, pensativo—. Incluso he cambiado impresiones con el Obispo Matheo, de cuya santidad no tengo la menor duda, y hemos llegado a una conclusión plausible.

— ¿A cuál? — preguntó Joe.

— Hay algo, más allá de nosotros mismos, en otra dimensión, en otro mundo, en otro lugar, que nos protege. Nada ni nadie, excepto los locos, hacen las cosas sin motivo... Y ese algo a que me refiero, cuyos conocimientos son infinitamente muy superiores a los nuestros, nos ha dado la inspiración acertada para solucionar el tremendo problema.

— No estoy de acuerdo con esa teoría —replicó Corie, con énfasis —. Por esa razón, vuestro inspirador, sea lo que sea, pudo advertiros mucho antes, a vosotros u a otros, y evitar la plaga.

»¿Consideráis que es un benefactor? ¿Por qué permite entonces tantos sufrimientos e injusticias?

Adam miró compasivamente a Corie.

— Voy a responderte con las palabras del Obispo Matheo: «A este mundo hemos venido a sufrir».

— En tal caso, yo me he ganado el cielo — replicó Corie.

— Posiblemente. Pero, en realidad, nos hemos apartado bastante del tema que nos ocupa. Admitamos que fue Dios quien nos inspiró —expuso Adam.

— También habríamos de admitir que fue Dios quien nos envió la plaga.

— ¿Y crees que la humanidad no la necesitaba? — terminó Zafir, con expresión beatífica.

Nadie respondió. Todos se miraron entre sí, como pretendiendo hallar la verdad en los rostros de los demás.

— Creo que Theo Stevens era un iluminado — habló Joe, al cabo de unos momentos.

— Sus secretos se fueron de él. Pero estoy seguro que, de habérnoslos podido explicar, no habríamos sido capaces de comprenderlos —afirmó Adam.

— Theo Stevens merece nuestra más alta estima y consideración. Y creo que no hemos hecho bastante para perpetuar su memoria. ¿Qué os parece si propusiésemos al Presidente Killamy levantar un monolito en el lugar que murió?

— Sería una buena idea — replicó Corie.

— Mañana mismo le enviaré la solicitud.

—¿Te has enterado de que «Antartic» va a convertirse en una gran factoría de productos congelados? — preguntó Zafir a Corie.

La aludida se echó a reír.

— ¡«Antartic»! Todo surgió porque Joe y yo queríamos ir a vivir allí. Nos pidieron ciento noventa millones de dólares por un insignificante apartamento con terraza. Era lo último que quedaba.

— ¡Qué monstruosidad!

— Pero los constructores de aquella ingente obra han quedado en la ruina —continuó Zafir—. Se han cancelado todos los contratos... ¡Y creo que les está bien merecido, por egoístas!

— Nosotros también fuimos muy egoístas — admitió Joe—. Y por ello estuvimos a punto de perecer. Si ahora tuviese que afrontar los peligros de entonces, lo haría por un ideal más noble y desinteresado.

— ¡Yo no volvería a pasar por aquel trance por nada del mundo! — exclamó Corie.

Adam la miró severamente.

— No digas esto, Corie. Estoy seguro de que lo dices por decir algo.

— Pasé un miedo horroroso...

— ¿Si vieras a tu hijo Billy en peligro...?

— ¡Oh, eso es distinto!

Sonrieron todos y Joe se levantó.

— Ya es hora de volver a nuestro departamento — dijo —. Mañana hay que ir al laboratorio.

Corie también se levantó.

— Sí, debemos irnos. Y os ruego que no se hable más de todo aquello.

Se encontraban en el salón de los Tell. Adam y Zafir se levantaron y acompañaron a sus amigos hasta la salida. Los Wolfach sólo tenían que cruzar un suntuoso pasillo para penetrar en sus apartamentos.

— Hasta mañana, Adam... Adiós, Zafir.

— Adiós, buenas noches.

Al quedar solos, Adam abrazó a su mujer.

— Estoy contento de haberme casado contigo. Contento de haberme quedado solo el día que conocí a Corie, de haber ido al «Playhouse Still» y de que me hubieses insultado...

— ¡Vamos, olvida aquello, tonto!

— Ahora conozco bien a Joe y Corie. Son felices, pero no son como nosotros.

— Creo que son más realistas... Buenos, pero positivos. En cambio, tú y yo somos de otro modo.

— No debemos criticarlos. Nos apreciamos mucho.

— Gratitud, Adam.

— Y afecto.

— Sí, tal vez —admitió Zafir—. Anda, vamos a dormir.

Se dirigieron a su alcoba. Era una estancia regia, adornada con gusto y refinamiento, de amplio lecho, cómodos muebles y valiosos adornos.

Zafir tocó un pulsador electrónico y se descorrió un armario.

De su interior, la mujer extrajo dos viejos y deteriorados ropones grises, que dejó sobre el lecho.

Silenciosamente, ambos se empezaron a desnudar, para luego ponerse aquellos hábitos deteriorados por el uso. Adam sonreía beatíficamente al ceñirse el cordón al cinto.

— Nosotros somos así —musitó, abrazando tiernamente a su esposa.

— Y somos más felices que nadie. Lo tenemos todo porque nos han obligado a tenerlo, pero echo de menos la cabina de nuestro viejo mercante. ¿Recuerdas cuando crujía por las noches?

— Sí, y tú te abrazabas a mí.

Se abrazaron y se besaron. Luego, de debajo del lujoso lecho, Zafir extrajo un jergón y lo dejó a los pies de la cama. Se tendieron en él y se cubrieron con una manta.

En la intimidad, Adam y Zafir seguían viviendo en la humildad. No ganaban nada con esto, pero tampoco perdían. Lo que sí era cierto era su amor, su profundo y entrañable amor por la humanidad...

Tanto él como ella poseían virtudes monásticas, sencillez, honestidad, bondad, etc. Sabían que la existencia era simple tránsito y que sus vidas sólo estaban en manos de Dios. Como ellos habían vivido muchas personas en el mundo, y después de ellos aún vivirían muchas más.

Lo demás no importaba. Ellos vivían de acuerdo con sus conciencias.

— Te quiero, Zafir.

— Yo también a ti — musitó ella, durmiéndose.

— Y he sido muy feliz contigo todo este tiempo.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque esta noche he comparado nuestro amor con el de Corie y Joe.

— Ellos son muy felices.

— Sí, pero se trata de otra felicidad muy distinta. Viven, gozan, se sienten respetados y seguros.

— A nosotros no nos interesa el respeto ni la seguridad. ¡Sólo queremos estar juntos!

— Sí, juntos para toda la eternidad...

Luego, les venció el sueño.

FIN

Próximo Número:

HABLAN LAS ESTRELLAS

Lucky Marty

¿Estrellas? ¿Planetas Artificiales?
En todo caso,
mundos habitados
de los que se recibían
extraños mensajes.